

PRESENTACIÓN

Cuenca es, como todo lugar impregnado por la magia del tiempo, una ciudad perdida.

Pese a ello, desde que la coronaron con sus propios laureles como Patrimonio de la Humanidad, muchos foráneos vienen a visitarla y pasean por ella igual que si lo hicieran en un museo, solo que al aire libre; la mayor parte de ellos se quedan en lo anecdótico y se llevan a cuestas poco más que un recuerdo sobre las cuestas de la ciudad. De la profundidad e intersidad del azul de su cielo, del ruiseñor o de lo que se esconde entre las vetustas grietas de sus hoces apenas ni se enteran.

El viajero camina con macuto, en la mano a veces un bastón, sin apenas dinero, pero siempre lo hace con los ojos abiertos a los todos (hombres, cosas, animales, sombras...), con los oídos abiertos, con los poros abiertos, con el alma esponjosa. El viajero penetra en las raíces, siempre profundas -¡cómo no!· de la España profunda, huele su historia, husmea en los personajes que han dado forma a la ciudad, en las mujeres y los hombres anónimos que han perfilado sus costumbres, unas tradiciones propias y unos temperamentos singulares. El viajero vuelve a casa siempre enriquecido, casi siempre encantado.

Por el contrario, el turista escarba en las malditas tiendas de suvenirs artículos infames hechos sin gusto, completamente falsos, devora unos helados, tira a menudo papeles en la primera esquina, mira allí donde le señalan cuatro cosillas casi sin ver, pisa sin criterio y vuelve a casa hablando lo que le salga en gana, j Que más da, si de nada sirve lo que pueda contar!

Algo parecido sucede con las gentes de Cuenca. Pasan los años y muchos no se enteran ni del lugar que habitan. Otros se sienten encadenados a las rocas, otros viven acomplejados por el ciclópeo espectáculo de la Naturaleza, otros dormitan... Pero también pueblan sus callejuelas seres distintos: Los que sienten la necesidad de amar, los que cincelan en sus corazones y en sus men-

tes, hasta en sus propias almas, el amor a su Tierra, un amor repleto de detalles, marcado, como si fueran versos, paso a paso; entusiasmados por la Semana Santa –o no-, viven también entusiasmados en Adviento y ese apego les lleva a bucear, cada vez en aguas más profundas, por la riqueza histórica y cultural, artística y tantas cosas más, de Cuenca.

Me lo comenta Eduardo, hijo de Cuenca por parte ce madre y amante de los vinos que crían sus paisanos. ¡Cuánta gente de Cuenca medita, colecciona, archiva, trabaja... todo el material que la provincia pare en una especie de frenesí por el estudio de sí mismal ¡Cuántas maravillosas bibliotecas preñadas de libros y más libros concentrados en procurar mantener fresca la flor de piedra y de rocío que se esconde a los ojos de los turistas locos!.

Las luces y las piedras tal vez sean los dones con que Dios la ha tocado. Gracas a las primeras cualquier pueblito de la Alcarria, por pequeño que sea visto en la lontananza, al caer de la tarde y con el sol de cara, asemeja una joya en mitad del secano (Cela lo supo ver y describir con su inimitable maestría); y si nos referimos a la Mancha, al ser ésta la Tierra de la tierra y el cielo, el sol convierta en ascua cualquier aprisco de ganados, para luego ofrecer una gama de colores azules, añiles, rojos, malvas, naranjas, carmines y violetas como probablemente jamás en ningún otro lugar de este Universo pudieran contemplarse. Cualquier alma medianamente sensible se convierte en poeta —otra cosa es que escriba y que lo haga con un mínimo de gracia y donosura-, pero el poeta no sólo es el que escribe, también los que leemos poesía, los que escucharnos, los que sentimos, los que observamos.

La piedra, protagonista de la Sierra, marca el carácter de los paísajes y las gentes, y la fusión de esos escasos y austeros elementos conforman lo que sólo ese tipo de hombres y mujeres, paisanos o foráneos, son capaces de percibir y guardar.

En estos escenarios, reales como la vida misma, aunque parezcan muchasveces sueño, han surgido, como especies autárquicas y endémicas, historias y leyendas que han conformado –asimismo- los silenciosos e íntimos rumores de la ciudad de Cuenca y su provincia.

Miguel Tirado, encarnando esas virtudes que predicaba antes de los buenos viajeros, ha sido el que ha sabido rastrear en la memoria colectiva de los pueblos este segundo grupo de relatos, cuajados de nostalgia y pasado, para guardarlos en el "frasco de las esencias" (que, en este caso, no es otra cosa que las hojas

de un libro) con el fin de convertirlos en presente y en la herencia importante de las generaciones venideras, para que nada que no deba perderse se pierda.

Esta edición, ilustrada en sus páginas interiores por fotografías antiguas, está presentada por un hermoso cuadro de Miguel Ángel Moset, pintor universal que ha querido aceptar quedarse en Cuenca para captar con su mirada atenta la multitud de luces y colores que los soles de cada estación reflejan en los pequeños elementos que él se entretiene en buscar, como si fueran setas.

Autor, ilustrador, editor y lector, unidos en torno a un mismo sentimiento, somos los cuatro eslabones de una cadena abierta al conocimiento de la ciudad y de los pueblos de quienes somos hijos, conscientes de que el amor a nuestra adusta y fría tierra exige el conocimiento de la misma, lo mismo que el amor a una mujer, lo mismo que el amor a los padres, al hermano o a los buenos amigos.

Santiago Catalá Rubio Editor



EL SANTO Y SU CRIADO

Mucho se ha escrito y otro tanto se ha dicho sobre San Julián, segundo Obispo de Cuenca y Patrón de la ciudad. Se sabe que ya antes de orderarse sacerdote hizo vida solitaria de oración y contemplación en un lugar apartado como un simple anacoreta. Después decidió llevar su fe, su apostolado por todos los Reinos de España, siempre acompañado por su humilde y fiel criado tesmes que nunca le abandonó. Durante ese tiempo auxilió a muchísimos pobres y necesitados por aquellos lugares que pasó. No solamente los protegió en lo que pudo, sino que también les consoló de sus dolencias y enfermedades que oscurecian sus vidas, por lo que recurrían a él.

Se conocen algunas leyendas de este gran Santo, como por ejemplo la que narra la conversión de Zoe al cristianismo, hija del moro Katañazor. Otra de ellas es la que en esta ocasión les voy a narrar y, es una de tantas historias en las que el Santo fue protagonista, junto a dos jóvenes: ella, llamada Zulima, la cual era hija de un rico judío y, el, llamado José, que era hijo de unos hortelanos, los cuales vivian en una casa junto al río Huécar donde disponían de una importante huerta en la que cultivabán de todo.

Cierto día, el joven subió a visitar a San Julián, ya que necesitaban en la huerta unas cestas de mimbre para recoger tomates y pimientos. Al mismo tiempo les llevaba unas pocas patatas para el -santo y su criado, puesto que vivian con una gran austeridad en aquel elevado lugar, donde se guarecían en el interior de una tosca cabaña junto a la cueva er la que remojaban los mimbres con los que tejian sus famosas cestillas.

El escenario donde vivían el Santo y Lesmes era visitado por una legión de necesitados cuyo hambre les hacía recurrir a él, ya que sabían de su caridad para con los pobres. Como no tenían otra cosa con que ayudarles les daba cestillas y canastillos de fino mimbre que fabricaban para que las vendiesen y con el producto de la venta remediasen, al menos, su hambre. Como este detalle lo sabía mucha gente le subían buenos haces de mimbre que él los convertía en cestas y canastillas, las cuales les habían dado mucha fama.

Cuando la gente le pregurtaba por qué le agradaba estar allí, él siempre contestaba: "Aquí me encuentro más cerca de Dios y estoy tranquilo". Solia decir la palabra tranquilo con mucha frecuencia, motivo por el cual se fue conociendo aquel lugar con el nombre de EL TRANQUILO, aunque es verdad que otros o llamaban El Tranquilillo, en tono más afectivo.

Una semana después de la visita del joven José a San Julián, volvió aquel a recoger dos cestas que al Santo le había hecho en su encargo. Cuando pidió le dijese el importe de las mismas, el Santo se negó a cobrárselas, pero el joven le entregó lo que su padre le había entregado para ello, además de un saquillo que contenía comida. Aunque le invitaron a quedarse, no lo hizo, dado quedebla ir a la huerta lo antes posible para ayudar a sus padres y hermanos. Así que recogió las cestas y regresó por aquella senda que bordeaba el pintoresco promontorio sobre el que estaba la humilde morada de San Julián y su criado Lesmes, personajes a quienes apreciaba mucho, así como toda su familia.

Apenas llevaba andados unos trescientos metros, cuando aparecieron, en aquella visitada senda, cuatro mujeres. Según se iban acercando pudo comprobar que se trataba de mujeres de raza judía, tres de las cuales/eran jóvenes. Cuando llegaban a su altura, la cuarta mujer, que era mayor que las otras, dirigiéndose a José le pidió si les podía indicar el lugar en donde podrían encontrar al Santo. El joven se ofreció rápidamente para acompañallas, pues quedó encantado ante la belleza de una de las tres jóvenes, la cual, a su vez, no quitó sus hermosos ojos negros de José, desde el primer momento. El joven, en el poco tiempo que habló con ellas, supo que la señora mayor era la madres de Zulima, pues así la llamaban a la bella judía las otras dos jóvenes acompañantes amigas de la misma.

Al legar todos a la cueva donde estaban San Julián y Lesmes tejiendo cestillas, el joven hizo las presentaciones y mientras la madre de Zulima hablaba con el Santo, José le pidió a Lesmes que les enseñase aquel lugar donde todo era humilde, pero acogedor. Les mostró la cabaña donde tenían en remojo el mimbre, no lejos de la cueva, en la que pudieron apreciar un simple altar sobre el que el Santo oficiaba la misa. Junto a la cabaña había un hueco donde se podía contemplar una bella imagen de a Virgen iluminada por múltiples velas encendidas, confeccionadas por ellos con cera obtenida de sus propias colmenas.

A su regreso de la rápida visita pudieron comprobar que la madre de Zulima ya había terminado de encargar lo que quería de San Julián, motivo por lo que decidieron regresar a la ciudad, momento que supo aprovechar José par acompañarlas. Durante el trayecto comentaron las mujeres que deberían volver dentro de ocho días a recoger su encargo que se trataba de unas cestillas, las cuales en esa fecha las tendrían dispuestas para llevar. José y Zulima fueron hablando todo el tiempo, de tal manera que cuando llegaron a la Plaza Mayor sintieron tener que separarse, ya que ella se dirigía con su madre y amigas al barrio de la Judería, mientras él bajaría por el Puente de San Pablo a la propiedad de sus padres ubicada junto al rio Huécar, pues se trataba de una importame huerta.

Pasaron los dias, pero José no olvidaba la fecha en la que la joven debería volver a recoger las cestillas, por lo que a media mañana ya se encontraba con San Julián y Lesmes. Estos comprendieron enseguida lo que le había ocurrido al joven, pues lo primero que hizo al llegar fue preguntar si la joven había recogido ya las cestillas. Iba transcurriendo la mañana y Zulima no aparecía, acuello puso nervioso a losé de tal manera que no sabía como quedarse allí hasta la tarde, dado que era el dia en el que quedó volver. El Santo le invitó a quedarse a comer con ellos con el argumento de tener que ayudarles a transportar unas "gavillas" de mimbres desde las pilas a la cueva.

Cuando los nervios de José estaban a punto de desbordarse apareció Zulima con sus dos amigas y los hermosos gios de la judía despidieron un brillo especial al ver que el joven se encontraba alli esperándola. Atento, Lesmes se encargó de entretener a las acompañantes de la joven para que José pudiese verse a solas con Zulima, pues San Julián veía con buenos ojos la atracción que ambos jóvenes parecian demostrarse. A suvez, el Santo, como verdadero apóstol les habló del Dios de los cristianos y les animó a que lo imitasen. También les habló de aquella Virgen que presidía todos los actos que se llevaban a cabo en la cueva y les invito a que acudiesen a las misas que alli se celebraban.

El tiempo los pasando y ambos jóvenes continuaban viendose con mucha frecuencia en acuél lugar denominado "El Tranquilo". Las salidas de Zulima eran tan númerosas que un día se presentaron sus padres con objeto de enterarse de las andanzas de su hija. San Juliár, con mucho tacto, les acaró lo que ocurria entre los dos jóvenes y les animó a que no se opusiesen a ello, para él eran como dos hijos. Además les comentó que José, el joven que se reunía allí con su hija era de una buena familia por la que sentía un afecto especial.

A partir de ese momento no sólo subía allí la joven, sino que sus padres lo hacían también con mucha frecuencia, incluso los domingos y festivos iban para asistir a la santa misa a la que acudian bastante gente los cuales tenían por costumbre hacerlo en época de buen tiempo. Tal amistad vino a surgir entre ellos y San Julián que un día le pidieron si quería bautizarles, pues su hija deseaba profesar la misma religión y fe que José con el que se quería unir en matrimorio. Aquella noticia llenó de gozo al Santo quien les dijo que los bautizarla públicamente con el agua de la célebre fuente en la que había bautizado a muchos cristianos y mahometanos.

Lesmes, el criado fiel, no sólo avudaba a San Julián a tejer las famosas cestillas, gracias a las cuales muchos pobres tuvieron algo que llevarse a las boca en infinidad de ocasiones, sino que hacía de "padrino" y a la vez de "monaguillo". La lealtac y la humildad fueron siempre dos de las virtudes más sobresalientes de aquel servidor que no solamente se ganó el cariño del Santo, sino de todos los que llegaron a conocerle, fue en todo momento querido y admirado

A tan singular bautizo de Zulima y sus padres acudieron José, sus padres, sus dos hermanos y un buen número de amigos de ambas familias. Para San Julián y su fiel criado Lesmes, aquel día fue de gran felicidad, pues aunque ya habian bautizado a muchos judíos y mahometanos, aquella familia hebrea les colmó de una gran dicha. Por tal motivo, el Santo, al finalizar aquel acto solemne, sólo cijo esta frase: Dios lo quiso, estoy tranquilo".

Muy poco tiempo después, San Julián casó a Zulima y a José, pues les anunció que quería hacerlo antes de morir, ya que tenía el presentimiento de que la hora de la verdad estaba próxima, por lo que les dijo, con aquel tono de voz arrable y pausado que le caracterizaba: "Me voy con mi Dios y, me voy tranquilo".

Y así lue, el 28 de enero de 1208 murió San Julián con una paz y una tranquilidad que maravilló a todos. Cuenca entera le lloró, pero en realidad a quien dejó herido de muerte fue a su gran amigo y fidelísimo servidor Lesmes, el cual lloró su muerte hasta que le llegó la hora de rendir cuentas con el Hacedon

Diez años después quiso unirse a su "Señor", pues aunque vivió todo ese tiempo con Zulima y José, siempre cecla que él no sabía tejer cestillas nada más que con San Julián y en aquella celestial soledad de la cueva de "El Tranquilo".

La historia de "El Tranquilo" rezuma un sabor ancestral, en aquel lugar persisten aún las sombras de estos dos personajes que dieron vda a tan singular espacio donde una humilde cabaña y una pequeña cueva eran el único tesoro que encertaba. El amor de San Julián a sus semejantes no sólo se demostró en su ayuda a los humildes, sino que supo formar un tándem perfecto con su servicial y querido Lesmes, Y así han pasado a la historia como el Santo y su criado, dos personajes que aún los han unido más sus leyendas.



LOS FRANCESES EN LA PLAZA DEL TRABUCO

La estancia de los franceses en Cuenca como consecuencia de la Guerra de la Independencia dio origen a varias leyendas, una de las cuales he podido rescatar y, es la siguiente:

Corría el año 1808 y la ciudad de Cuenca fue saqueada por las tropas francesas desarrollándose terribles combates en el Barrio del Castillo, ya que era el lugar donde lograron hacerse fuertes las tropas españolas, pero al final debieron de entregarse. Esto dio paso al saqueo de la ciudad y posterior asentamiento del ejército francés en la parte más alta de Cuenca, puesto que desde allí dominaban también todas las entradas y salidas, dando tempo a las tropas para su defensa en caso de ataque.

El alto mando y el grueso de las fuerzas se instalaron en el Castillo aunque un buen número de patrullas recorrían la ciudad a la vez que vigilaban todas sus entradas. Las noticias que corrían entre los españoles eran que El Empecinado, célebre guerrillero y mifitar español se encontraba con su grupo de guerrillas no muy lejos de Cuença. Esto mantenía muy nerviosos a los franceses puesto que las acciones de hostigamiento a que estaba sometiendo a las tropas enemigas lo estaban convirtiendo en una figura casi legendaria.

Toda la ciudad estaba muy vigilada y la gente sólo podía transitar por las calles a unas boras determinadas, sobre todo los que vivían en la parte alta. El ambiente se caldeó cuando una tarde varios soldados franceses pretendieron abusar de dos muchachas jóvenes. Los familiares de éstas salieron en su defensa y tuvieron que ser dominados a punta de bayoneta, lo que dio origen a crear un malestar general.

Aquella misma noche hubo una reunión en una casa donde un grupo de conquenses, para llegar a ella, tuvieron necesidad de saltar por los corrales de las casas contiguas, ya que de lo contrario hubiesen sido apresados por los soldados franceses que vigilaban con toda atención cualquier movimiento a horas no autorizadas.

El que parecía llevar la voz cantante comunicó al resto que dos hombres de El Empecinado intentarian llegar hasta allí, motivo por el cual les había reunido para que al menos tres de los presentes tendrían que ayudarle. Como su casa daba la parte de atrás de la bajada de las Angustias quedó con el emisario que mancaron en subirlos, con ayuda de cuerdas, por las paredes de su corral. Ellos deberían pasar por los tejados o por los corrales de las casas que las separaban de la suya, pues tendrían que preparar todo, puesto que la hora en la que deberían presentarse en el lugar señalado sería momentos antes de la salida del sol, tiempo siempre inoportuno para los que montaban guardía durante toda una larga noche, ya que el sueño a esas horas era casi seguro o estarían totalmente inmovilizados confiando que se trataba de momentos en los que nadie intentaría alguna acción peligrosa, dada la cantidad de controles que había de soldados.

Dos noches más tarde, alrededor de las tres de la madrugada, pudieron llegar a reunirse los cuatro hombres que habían quedado en prestar ayuda a los enviados del guerrillero. No fue una tarea fácil llegar a la casa que tenían elegida por considerarla la mejor situada para izar a los citados guerrilleros, ya que toda esa zona solía estar infectada de soldados franceses y cualquier ruido o movimiento sospechoso pocría echar al traste tan importante misión.

Una vez allí ataron bien las cuerdas, eran sogas de esparto lo suficientemente fuertes para soportar el peso de una persona. Estas se atarian a su cintura y entre los cuatro subirían, primero a uno y luego al otro, apovando estos los pies en la pared.

Debajo del lugar elegido para izarlos se hallaba una enorme higuera de cuyo tronco principal salian varias ramas secundarias y en una de ellas habían atado un cordel que les serviría de señal. Se subirían a la higuera y desde la misma les elevarían con gran cuidado, así podrían pasar desapercibidos en el caso de que algunos soldados transitasen por aquel lugar en misión de vigilancia, aunque a esas horas no era muy fácil lo hiciesen.

En la parte de atràs, la casa tenía una especie de voladizo que les sirvió para atar con seguridad las sogas en las fuertes vigas de madera que lo sostenían. Después esperaron tranquilamente a que los primeros síntomas de luz apareciesen por el horizonte. Llegaco este momento fueron deslizando sigilosamente

la soga hasta la altura de la higuera e inmediatamente dieron unos pequeños tirones de la soga, señal inequívoca para iniciar tan peligrosa tarea. Lo hicieron así y aunque había algunas plantas trepadoras pegadas a las rocas y a la pared no fue inconveniente para poder subir a los dos hombres.

Una vez finalizada tan arriesgada tarea, éstos explicaron que la misión que traían era de acometer acciones contra las tropas francesas a fin de ponerlas nerviosas actuando cada vez por un lugar distinto. Si conseguian tenerlos entretenidos en esos ataques por sorpresa, recibirían un ataque con fuerzas suficientes para recuperar la ciudad en poco espacio de tiempo. En tan delicada misión actuarían con untamente los grupos de guerrillas de El Empecinado y el Regimiento de Cazadores de Cuenca, asestándoles un golpe definitivo, pues toda esta fundamental acción se había estudiado con especial esmero.

Después de muchas jornadas dedicadas a subir guerrilleros, los cuales se escondían en las casas de conquenses que ayudaban a llevar a cabo la toma de Cuenca, la primera misión a realizar consistiría en exterminar a una patrulla de soldados que solfa descansar en la misma Plaza del Trabuco, pues se aprovecharia cuando a la madrugada, que estaba a punto de aparecer, se llevase a cabo el cambio de guardia de los franceses.

Decidido el dia y la hora del ataque definitivo, un grupo de guerrilleros sateron de pronto de una de las casas que había frente a la iglesia de San Pedro y en una acción relámpago acabaron con unos veinte soldados franceses, aunque algunos de los guerrilleros sufrieron distintas heridas. Con la misma rapicez que actuaron volvieron a desaparecer por la bajada de las Angustias en donde otro grupo, que había actuado en la Plaza Mayor, les cubrió la retirada hasta el río, la que muy cerca de allí se hallaba establecido un fuerte contingente de tropas El Empecinado.

Acciones como estas fueron llevadas a feliz término todos los días creando desorden y pánico en las filas francesas, hasta tal punto que se retiraron todos hacia el Castillo en conde intentarían hacer frente al ataque que esperaban de un momento a otro, pues desde allí habían observado el movimiento de las tropas españolas. Como los franceses esperaban el ataque pos distintos puntos a la vez disgregaron sus fuerzas y esto facilitó para que desde la Plaza del Trabuco las piezas de artillería abriesen camino a las tropas que irrumpieron por la calle del Trabuco, haciendo huir a los escasos soldados franceses que no esperaban un ataque en masa y por un mismo lugar. Huyeron con toda rapidez dejando todo el material pesado, ya que no les dieron tiempo y se alejaron por el cami-

no pedregoso que conduxía a los Molinos de Papel, aldea existente junto a la carretera de la actual Palomera.

De su persecución se encargaron los hombres de El Empecinado y del Regimiento de Cazadores de Cuenca, por lo que la gente que vivía en el barrio del Castillo trasladó a los suyos, generación tras generación, esta bonita historia o leyenda con orgullo, pues gracias a la colaboración de un grupo de valientes se pudieron iniciar y llevar a cabo aquella serie ce bravas acciones que, no solamente pusieron nerviosas a las tropas invasoras sino que fueron, además, mermando sus efectivos día a día al disgregar sus fuerzas facilitando así el asalto finall. Por tal motivo fue siempre para todos, la plaza del Trabuco, un lugar donde se inició una historia importante para todos los conquenses y en suma para España.

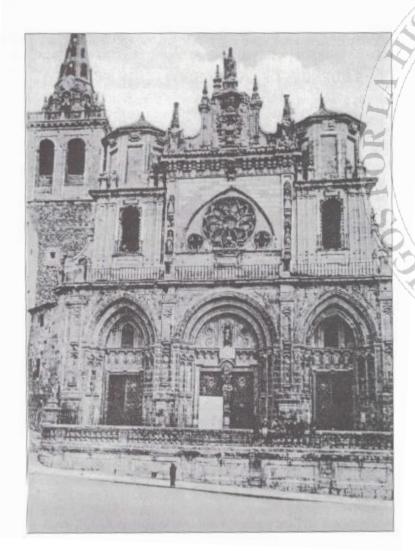
LOS DUENDES DE LA CATEDRAL

Nos cuenta la historia que cinco años después de ser conquistada Cuenca por el Rey Alfonso VIII, se iniciaron las obras de construcción de su catedral, es decir en el año 1182, siendo constituida la diócesis con el territorio de Excávica y Valeria. Para ello hubo necesidad de contratar un buen número de obreros, ya que los maestros canteros vinieron expresamente de Inglaterra por deseo de Leonor de Lancáster, esposa del Rey, que nos enseñaron las nuevas técnicas del arte de la época. En 1208 ya estaba terminada la Capilla Mayor y crucero, siendo obispo de Cuenca San Julián. Nuestra catedral no fue un ejemplar más dentro del estulo gótico, sino un tipo especialísimo en él, por ser ejemplar único en España de la escuela anglo-normanda.

Aquí se contrataron a los "secadores, conductores de piedra" y otras clases de obreros, entre los que se encontraban algunos de ascendencia árabe, además de aquellos que habían vivido toda su vida con éste pueblo, puesto que sona estuvo bajo el poder musulmán muchos años.

Nada más iniciadas las obras vinieron a ocurrir una serie de acontecimientos que dieron origen a que entre el personal surgiesen ideas que a otros les parecían paratadas, ya que dos de los obreros se precipitaron un día en una zanja y senellos habían sido empujados por los "duences" que moraban en aque lugar. Aducian que aquel terreno estaba embrujado, puesto que en los días que duraron derrumbarbientos de la antigua fortaleza árabe sucedieron cosas anormales, estando a punto de haber originado varias muertes entre los trabajadores.

Aquellos sucesos dieron origen a que muchos de los obreros valorasen excesivamente estos hechos y se comenzase a comentar la existencia de "duendes", esa serie de diablillos que el vulgo supersticioso creía que habitaba en la construcción que allí hubo y ahora se volvían a manifestar causando esos trastornos. Todo esto no era sino la herencia de la superstición de sus antepasados, heredada a su vez de los árabes y otros pueblos del pasado histórico, eminentemente supersticiosos.



Otros, los menos, pensaban que sólo eran creencias en vanos presagios que realmente eran producidos por acontecimientos puramente fortuitos, aunque poco a poco vivieron escenas que hicieron sintiesen los mismos temores que los que ellos mismos llamaban supersticiosos.

Cuando todo parecía que estaba en calma y habían transcurrido varios meses, una noche de verano, estando descansardo varios obreros que dormían en la misma obra, oyeron unos ruidos extraños bajo el lugar en donde reposaban. Daba la impresión como si hubiese alguna galería y alguien arrastrase algún objeto pesado, como si fuese un rodillo o algo similar. Parece que esos ruidos, en algunos momentos ensordecedores, no so amente los percibieron una noche sino que de cuando en cuando los volvieron a escuchar. Aunque buscason y rebuscaron de dónde podían proceder, nunca dieron con ellos. Este nuevo acontecimiento puso nerviosos a todos y volvió la ntranquilidad, dando motivo para que aquellos que creían en la aparición de duendes se saliesen con la suya.

Fue pasando el tiempo y a lo largo de muchos años vinieron ocurriendo hechos aislados, hasta que allá por el año 1206, siendo Obispo San Julián, aconteció algo que vino a poner de moda nuevamente la existencia de "duendes". Ocurrió que durante varios días habían estado preparando un andamio con objeto de poder trabajar a distintas alturas del suelo, ya que la construcción así lo requería. Como llegó la hora de comer se retiraron a un lugar de la entrada de aquel recinto y cuando a punto de terminar de reponer fuerzas, el andamio se les vino abajo sin que ninguno supiese la causa de tan espectacular caída sabiendo que estaba perfectamente amarrado.

Otra tarde se hallaban preparando una de las escaleras de acceso a la cubierta un grupo numeroso de trabajadores, cuando oyeron como un estruendo grande de la parte del suelo donde se iniciaba la escalera sacudía a ésta como si de un terremoto se tratase. Este dramático hecho les hizo salir corriendo a todos hasta la plaza de la catedral, en donde explicaron a otros lo que les había ocurrido. Seguidamente los que no creían en esa serie de cuentos que venían oyendo desde mucho tiempo atrás, pasaron al interior de la obra pudiendo comprobar como parte de aquella escalera se había resquebrajado peligrosamente.

Aunque fueron pasando los años la leyenda de los "duendes" de aquel recinto seguía vigente, dado que vinieron ocurriendo otros hechos desgraciados a lo largo del tiempo. Así que cuando llevaban a cabo otras obras en 1249 ocurrieron diversos casos que vinieron a recordar historias pasadas. Hallábanse unos sacadores de piedra, maestros canteros y varios carreteros comentando la exen-

ción de "pechos" (tributos) a algunos de éstos por el rey don Sancho, cuando llegó a sus oídos un ensordecedor estruendo en la parte de la cubierta junto al altar mayor. Inmediatamente subieron por una de las escaleras más próxima a aquel lugar y no descubrieron nada anormal, por lo que una vez revisado todo descendieron al templo sin explicarse lo acontecido. Durarte varios días y casi siempre al atardecer se repitieron los extraños ruidos, pero en lugares distintos cada vez, originando gran nerviosismo y preocupación entre los presentes.

En el otoño de ese mismo año llovió muchísimo y como consecuencia de ello repasaron algunos fallos que aparecieron en varios lugares de la cubierta, ya que originaron goteras de cierta importancia. A lo largo de muchas tardes los obreros y maestros encargados de subsanar estos deterioros se vieron sorprendidos al escuchar como una especie de alaridos, gritos histéricos y risas exageradas que se oían por todas las cámaras perdidas que había bajo aquella enorme cubierta. Nunca llegaron a saber quienes emitían esos sonidos disparatados, puesto que allí sólo se encontraban ellos y en todo momerto permanecían juntos, por lo que sintieron miedo de aquellos hechos extraños.

Un año después se escucharon ruidos en el subsuelo como si rodasen enormes piedras o las arrastrasen, siendo percibidos hasta por los más incredulos. Aunque procuraron vigilar y seguir visitando los lugares por donde se sentian, nada pudieron hacer por encontrar las causas o los causantes de aquel estrépito. De nuevo vino a la mente de todos la antigua leyenda de que en aquel lugar moraban "duendes" desde el mismo momento de iniciarse las obras, desde los tiempo de los árabes, pues la superstición para ellos era una necesidad social, dado que tenían verdadera fe en toda esa serie de vanos presagios.

Aunque los años transcurrian y los siglos se sucedían, la leyenda de los "duerdes" de la catedral fue pasando de generación en generación. Así que cuando en el siglo XV se inició una gran ampliación de aquel sagrado recinto volvieron a ocurrir circunstancias inusitadas dando nuevamente vida a aquella ancestral creencia que en las cámaras que había bajo la cubierta de la catedral estaban sirviendo desde siempre de cobijo a un sinnúmero de "diablillos" o "espíritus". También se dijo siempre que quizá en aquella maraña de pasadizos que procedian del mismo subsuelo de la catedral y se dirigian a múltiples lugares eran nsólitos locales que sirvieron de escondrijo para los comentados "duendes", pero de los cuales nunca tuvo nadie una visión exacta. Sólo se conocía lo que estos originaban, pues no era posible contemplarlos en figuras humanas por tratarse de espíritus a los que los supersticiosos temen, ya que dicen se trata de una fuerza que realiza milagros y provoca desgracias.

En el siglo XVI continuaron las obras de ampliación de la catedral por lo que siempre había obreros realizando algún trabajo en las capillas y altares especialmente. Como había necesidad de subir a la cubierta o cámaras perdidas, la mayoría rehuía de tal misión, pues todos habían oído la leyenda de los "duendes" y sentían cierto temor y un gran respeto. Se cuenta que al subir varios obreros por la escalera de caracol que había en el rincón de la Capilla del Obispo, oyeron ruidos extraños como si estuviesen pegando golpes sobre el Altar de Santa Ana. Acudieron allí, ya que pensaron estarían restaurando algo, pero no encontraron a nadie y, además en ese mismo momento volvieron a oír como un estruendo en la Capilla de San Antolín, corrieron a ver lo que sucedía y no solamente no había ocurcido nada sino que llegaron a perdioir golpes en las cámaras perdidas que se hallaban sobre las Capillas del Obispo y de San Antolín.

La leyenda de los "duendes" de la catecral nació con ella y ya nunca morirá, dado que la superstición existe, así como sus defensores y adictos. Mientras
unos dicen que en os últimos siglos se han venido oyendo ruidos similares a los
de antes, otros dicen, los detractores, que esos ruidos, alborotos o murmullos y
risas, fueron provocados por alguien que siempre ha querido que estas creencias no mueran y, que ese fragor que se percibe procedente del subsuelo puede
tratarse de alguna corriente de agua en época de abundantes lluvias y hace
rodar piedras en los pasadizos.

No obstante la levenda sigue vigente y continuará mientras existan supersticiosos que crean en la existencia de espíritus. ¿Estarán en la verdac?. Quizá algún dia estos misterios se desvelen.

Hidean's & In Hot del Huiser

MUERTE EN LOS HOCINOS

Allí, entre piedras y casas, donde se confunden las construcciones con los salientes rocosos de los que emergen altivas edificaciones, si miramos hacia arriba recorriendo la incomparable Hoz del Huécar nos parecerá estar contemplando una película de monstruos que semejan las caprichosas rocas en un mundo de brujos y fantasías. Y si dirijimos nuestra mirada hacia abajo distinguiremos un pequeño y serpenteante río cuyas aguas han servido para regar las huertas junto a las cuales se elevan los típicos hocinos.

Por estos lares se han llamado hocinos a las casas construidas en la Hoz, cuyo origen debio ser para servir de cobijo y residencia de los hortelanos y algún que otro agricultor. Son edificaciones de buena construcción a base de piedra y argamasa, de tejados bastante inclinados para evitar que la nieve se eternice sobre ellos.

Corría el año 1812, cuando en España se estaba viviendo la Guerra de la Independencia y la inseguridad en algunos pueblos y ciudades era grande, ocurrió un hecho llamativo cierta noche en uno de los múltiples hocinos de la Hoz que vino a complicar la vida de su propietario. El dueño de este hocino era un nortelano de origen aragones, pero que al casarse con una conquense fijó su residencia aquí a la muerte del padre de su esposa. Tenían un hijo de quince años el cual les ayudaba ya en las duras tareas de la huerta, pues plantaban patatas, tomates, pimientos, lechugas, judías, etc. Disponían también de buen número de árboles frutales, varias higueras, un enorme nogal y una extensa parra que daba sombra a la entrada del hocino.

Se encontraban una noche cenando los tres componentes de la familia a la luz de dos enormes candiles, cuando oyeron ruidos no muy normales a esas horas de la noche, ya que por aquel lugar no solía acudir nadie al anochecer. Rápidamente, el padre fue a asomarse por una de las ventanas en el preciso momento de oírse unos nuevos golpes en la puerta de entrada. Pensando que se trataba de algún vecino de cualquier hocino cercano, abrió la puerta y cuál

no fue su sorpresa, como la de su mujer y de su hijo, al ver a un joven herido y con un trabuco en sus manos apuntándoles. Sin mediar palabra alguna entre ellos le dejaron pasar comprobando que iba vestido con un uniforme en muy malas condiciones, pues llevaba rotos los pantalones por varios sitios así como la especie de casaca que lucía, sucia y con una enorme mancha de sangre en la parte alta del brazo derecho. Su rostro bonachón y un poco desencajado, así como sus ademanes, denotaban cansancio.

Una vez en el interior del hocno, Juan, que así se llamaba el hortelano, fue a ayudarle, pero el joven con un español no muy bueno les dijo que no se moviesen y no les haría nada. Les pidió de comer y le curasen la herida que tenía en el brazo y le hacía perder sangre. Entonces, Juan comprendió que se trataba de un soldado francés que había sido herido en alguna refriega con los españoles y esto le preocupó, dado que les pcdría traer problemas si alguien se dabá cuenta de su presencia en el hocino.

La esposa de Juan le hizo quitarse la ropa del brazo a fin de lavarle y curarle la herida, la cual era muy aparatosa pero sin gran importancia. Le vendó la parte del brazo herido y le preparó para que cenase lo que ellos estaban tomando cuando apareció él. Con frases embarulladas les agradeció lo que estaban haciendo y les pidió no le entregasen, que él no les haría nada y se marcharía lo más pronto posible. Juan le contestó que no dirían nada a nadie, pero que cuando estuviese restablecido debería irse, puesto que lo que estaban haciendo con él les podía costar muy caro cadas las circunstancias de estar en guerra. Las autoridades les podrían castigar si alguien les denunciaba al tener oculto a un soldado francés.

Le prepararon un colchón de paja y lo subieron a una de las camaras, ya que sería el mejor lugar para ocu tarlo durante el día, puesto que por alli subia gente a recoger productos de la huerta que luego vendían ofreciéndolos por las calles de Cuenca. También podría ser visto por otros hortelanos de los hocinos más próximos, dado que solían pasar por este lugar la mayoría de los días.

Transcurrieron cinco días y nadie supo que en el hocino de Juan había un francés oculto, gracias que era una época en la que había mucho jaleo de venta de productos y circulaba mucha gente por aquel lugar. Juan logró vender casi todas las existencias y había cobrado un buen dinero que guardaba debajo de un granarcón que tenían en la habitación en la que dormían dentro de una bolsa de tela preparada al efecto. Esperaba que el francés no les quitase el dinero, ya que pensaban darle algo cuando se fuese.

Hablaron con él y le dijeron que bajarían su esposa y Juan a Cuenca para comprarle ropa y calzado a fin de que pasase más desapercibido, pues ya les había dicho que se marcharía enseguida, iría en busca de sus compañeros que no andaban muy lejos de allí. Entre todos decidieron que se marcharía una noche con objeto de que nadie pudiese verlo, puesto que ahora la temperatura era muy buena. Así hicieron las cosas, le compraron lo que él les había solicitado y, ante la sorpresa de todos, sacó una bolsa y les entregó dinero que guardaba en ella, agradeciéndoles la atención que habían tenido en todo momento con su persona. Juan no quería tomarle nada, pero el francés insistió y se vio obligado a aceptarlo. No obstante les permitió le proporcionasen una bolsa llena de alimentos para el viaje en busca de sus amigos.

Pensaron que durmiese hasta bien entrada la noche, así estaría descansado y se moveria mejor. Se subió al lugar donde había pasado las noches anteriores para dormir unas hora, después Juan se encargaría de llamarle. Pero en el momento que este se retiraba a descansar llamaron a la puerta y cuando Juan se disponía a ver quién era, el francés se quedó atento, pues temía que alguien le había descubierto, por lo que se detuvo en la puerta de la cámara y esperó. Nada más abrir la puerta pasaron rápidamente tres hombres provistos de enormes navajas, los cuales pidieron a Juan les diese todo el dinero que tuviese si no quería que los "abriesen en canal". Tal fue el ruido originado por los tres inoportunos visitantes que la esposa de Juan y el hijo fueron a ver que ocurría, encontrándose a aquel rodeado por tales sujetos barbudos y mai vestidos, los que no cesaban de atemorizarle con sus navajas.

En el momento que el hortelano se dirigia hacia la habitación para recoger el dinero que le pedían los malhechores, ya que estos maleantes vigilaban a la esposa y al hijo para intimidarles, apareció el francés en la parte superior de la escalera apuntándoles con su enorme trabuco. Estos se quedaron tan sorprendidos que soltaron al unisono sus navajas y se fueron retirando hacia atras buscando la puerta de salida. Juan aprovechó el momento para acercarse donde se encontraban su hijo y su esposa con sus rostros pálidos y muy asustados, mientras su salvador descendía por la escalera lentamente sin dejarles de apuntar con su arma de fuego.

Temiendo que pudiese ocurrir algo desagradable, Juan le dijo al francés que les dejase marchar y no volviesen por allí nunca más, pues si los viesen por alguna parte darían conocimiento a las autoridades correspondientes. No tuvieron necesidad de repetírselo, ya que los tres ladrones salieron corriendo como si les persiguiese el mismo diablo. Nada más desaparecer aquellos cerraron la puerta así como las ventanas, había que tomar precauciones para evitar alguna nueva acción de represalia.

Visto lo ocurrido creyeron conveniente que el francés no se fuese esa noche, pues podrían estar esperando a que alguien saliese y vengarse de su fracaso, no podían confiarse. Además, ellos nunca irían a decir lo que había sucedido, puesto que nadie se le ocurriría pensar que allí habían escondido a un soldado del ejercito enemigo que ayudó a un hortelano.

Después de agradecerle su valiente acción, puesto que les hubiesen robado todo el dinero de que disponían, le rogaron se fuese a descansar y al dia siguiente decidirían lo que más les convendría hacer. A pesar de todo, Juan se pasó la noche en vela, se encontraba muy nervioso e intranquilo por lo sucedido, le era imposible conciliar el sueño.

Muy de mañana ya estaban todos levantados, no obstante fue transcurriendo el día y nada vino a perturbar aquella calma. Por tal motivo acordaron que esa misma noche se marchase el huésped, al que le habían tomado un especial cariño. Llegado el momento, cuando se acercaba la medianoche, despidieron al frances deseándole suerte.

Al día siguiente, a media mañana, uno de los vecinos que ocupaba un hocino no muy lejano se acercó a decirles que muy cerca de Cuenca habían matado a un nombre joven, había sido asesinado a puñaladas. Aquello erizó el cabello a todos y, a pesar de ello, Juan marchó rápidamente a ver si podia saber quién era, de quién se trataba. Desgraciadamente pudo comprobar que era el soldado francés y se le ocurrió pensar en los malhechores que intentaron atracarles.

Aquella muerte en los hocnos fue recordada muchos años, pero jamás se supo quién la llevó a cabo. Sólo Juan y su familia sabían quién era el asesinado, pero nunca quién o quiénes lo asesinaron.

EL PASTOR DE VALDECABRAS

Dice la leyenda que existió un célebre pastor allá por el siglo XVIII encargado de un atajo de ganaco de ovejas y un par de docenas de cabras. Tenía como companeros de trabajo un zagal, dos burros y cuatro perros, los cuales le ayudaban a cuidar y llevar el ganado a pastar, así como a encerrarlo en unas parideras enclavadas muy cerca de Valdecabras, de ahí su nombre. El dueño de estas cabezas de ganado era un conocido ganadero de Cuenca, el cuál sólo aparecía cuando era la época de parir las ovejas, para hacer el queso o para vender ganado.

Cuando llegaba la primavera le venía un intenso trabajo, dado que era la época del regreso de los rebaños de Andalucia, en donde habían permanecido desde el otoño. Como el no se iba con los rebaños, pues era necesario aquí aunque a veces decía que va era mayor para esos "trotes", durante el otoño y el invierno se entretenía cuidando el pequeño repaño de cabras que el "amo" no mandaba con las ovejas. Las largas "trasnochás" las dedicaba para hacer pleita, trabajaba muy bien el esparto haciendo espuertas, esteras, capachos e incluso asientos. Para ello compraba esparto crudo en "mañas" (manojos pequeños), lo ponía en remojo durante veinticuatro horas, luego lo dejaba secar dejándolo a punto para su artesanal trabajo.

Llego un invierno que tuvo mucho trabajo ya que nevó más de lo que era habitual y esto le impedia salir a pastar con las cabras, poniéndose éstas insoportables, pues estuvieron casi siete meses estabuladas en las parideras. Y para colmo se tuvo que pasar noches enteras sin "pegar ojo", ya que necesitaba prestar máxima atención a la proximidad de los lobos, puesto que el mal tiempo reinante de intensas nevadas y grandes heladas, hizo que la caza escasease. Así el fino olfato de aquellos peligrosos cánidos carniceros les llevaba al lugar donde se encontraban las cabras encerradas. Ya varias noches tuvo necesidad de hacer fogatas junto a las parideras con objeto de impedir que esos feroces animales se atreviesen a saltar las bajas paredes que rodeaban a los corrales principales. Además apreciaba cómo las cabras estaban inquietas al escuchar noche tras noche los lastimeros aullidos de tan fatídicos y atrevidos depredadores. El sabía mejor que nadie lo que es capaz de hacer un lobo hambriento, llegaban a atacar a los mismos hombres; más de una vez lo había comprobado en su misma persona.



Le gustaba recordar lo ocurrido una noche que no había oído aullar a los lobos, eso le hizo estar muy preocupado, no lo veía normal. Por tal motivo decidió irse a pasar la noche al lugar donde estaban estabuladas las cabras, llevándose a su mejor perro, un hermoso pastor alemán que siempre estaba a su lado en los momentos importantes. Serían las dos de la madrugada cuando su fino oído percibió unos ruidos extraños en una de las parideras más próximas, se levantó del saco de paja que tenía como cama y salió al corral seguido de su fiel perro.

De pronto se vio lanzado súbitamente al suelo, se le vino encima algo así como un enorme perro cuyos zarpazos apreció en su hombro derecho. Aún así pudo observar como dos de las cabras eran atacadas por dos tremendos lobos, pues el candil iluminaba una parte de aquel lugar. De igual forma vio ante él otro lobo que se le lanzó con ánimos de morder, pero pudo esquivar la embestida cayendo nuevamente al suelo. Gracias que su fiel perro atacó al feroz lobo, le mordió con fuerza en su garganta dando aquel un aullido desgarrador haciendole huir con los otros que atacaban a las cabras. Todo esto había ocurrido en un abrir y cerrar de ojos como si se tratase de un simple sueño, pero la rea idad estaba allí con ellos.

Antes de levantarse ya tenía a su lado al perro que e daba en el hombro hendo con su enorme lengua, pues le brotaba un poco de sangre. En ese momento legaban uno de los jornaleros y el zagal, ya que los aullidos les despertaron, pues dormían en el pajar que estaba adosado al estable. Le ayudaron a sentarse bajo el candil y al descubrirle el lugar herido vieron como sangraba bastante. Con toda rapidez fueron a la casa principal en donde le lavaron la herida con agua hervida, cubriéndosela con un pañuelo una vez desinfectada. Después regresaron al corral y descubrieron que dos de las cabras estaban muertas y totalmente destrozadas.

Una vez curadas las heridas a lo largo de un par de semanas se encontró totalmente restablecido, por lo que decidió dedicarse a buscar una guarida de lobos. La tarea no era fácil, la empresa era ardua, pero al final lo consiguió aunque para ello se pasó todo el invierno de un lado para otro. Tal fue su vigilancia que supo cuando una loba había parido, entonces cogió a sus cuatro perros y varios jornaleros presentándose en la misma guarida a los tres días del nacimiento de los lobeznos haciendo huir a la loba que en ese momento regresaba. Ayudado por los jornaleros se llevó a los cuatro lobeznos de la camada a un lugar preparado en una paridera abandonada. Su intención era criarlos y domesticarlos para que posteriormente defendiesen al ganado, ya que al hacerlo a

los pocos días de nacer, cuando abriesen los ojos pudiesen ver a los perros con los que estarían ya siempre.

Había transcurrido un año y estaba próxima la Navidad cuando vino a ocurrir un hecho curioso, pues estando Juan con el zagal y un solo jornalero, una
noche se presentaror cuatro hombres de aspecto descuidado con rostros de
pocos amigos, blandiendo enormes cuchillos pidiéndoles toda la comida que
tuviesen en la casa, además de varias de las cabras. Les pusieron la comida en
unos talegos y luego los llevaron a las parideras para que cogiesen las cabras,
pero en lugar de ir a la que estaban éstas se dirigieron a donde se encontraban
los perros y, al abrir la puerta éstos se lanzaron sobre los ladrones a una señal
de Juan, haciéndoles huir con tanta precipitación que dejaron la comida abandonada. Aquel suceso se recordaría durante muchos años después y se hablaría
siempre de aquel pastor de Valdecabras como de un hombre ejemplar.

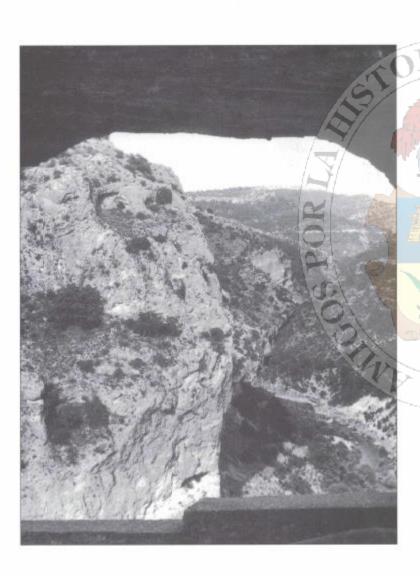
Como todos los años cuando los rebaños regresaban de Andaluzía en primavera ya tenía Juan todo preparado para la desinfección del ganado y pasados unos días, cuando la lana de las ovejas estaba seca, procedian a la labor de esquile. Este delicado trabajo lo hacían todos los años una vez, con tijeras adecuadas a esa labor, cada vellón tenía un peso que podía oscilar de 45 a 9 kilos, y una vez recogida se almacenaba hasta su venta. Se solía hacer en primavera para que pudiesen soportar los animales el riguroso calor estival sin ese abrigo.

Juan era un experto para el apareamiento, pues éste se elegía en función de la época de la "paridera" que convenía adoptar, ya que hábía que tener en cuenta que el periodo de gestación de las ovejas era de unos 150 días. Igualmente era el encargado de hacer el queso, tarea ardua era la de conseguirlo bueno, pero él siempre había sido un verdadero maestro, ya que marcaba muy bien las fases de su elaboración: cuajado de leche, prensado, salazon y maduración; esta última duraba de tres semanas a dos meses. Los lavaba con cierta periodicidad en agua salada, dándoles vueltas de cuando en cuando con objeto de conseguir que su corteza se alisase y endureciese.

Tal llegó a ser su fama como pastor y encargado general del ganado a su cargo que todos los ganaderos de la comarca le hacían proposiciones para que se fuese con alguno de ellos ofreciendo doblarle el sueldo y algunas cosas más, como cabezas de ganado. No obstante, Juan siempre decía que no trabajaba por dinero, lo hacía solamente porque le gustaba hacer las cosas como él quería, pues su amo le dejaba libertad y eso le agradaba.

Su celebridad fue total cuando en una tarde de verano salvó de morir ahoçadas a dos jóvenes, las cuales tomaban un baño en el río y la corriente las arrastraba, jugándose la vida en tal hermosa acción. También otro invierno rescató de la nieve a un padre y su hijo que habían ido a por comida al pueblo. Había tal cantidad de nieve que era imposible saber por donde se andaban, pues habían quedado hundidos en un desnivel y no era lácil dar con ellos. Juan salió en su busca con su perro y los halló casi congelados.

En suma, Juan, llamado "El pastor de Valdecabras", fue una persona muy popular y querida en toda la comarca. Era un hombre sencillo, bonachón, humano, dicharachero y admirado por grandes y pequeños. Fue un singular personaje, uno de esos grandes hombres que da esta hermosa tierra de Cuenca y que dejó a su muerte un vacio de humanidad difícil de cubrir y que su buen hace le inmortalizó en esta historia o leyenda.



LA TRAGEDIA DEL VENTANO DEL DIABLO

Me contaron una historia o leyenda de un suceso que ocurrió entre dos jóvenes por incomprensión de los padres o por negligencia de ellos mismos, al tomar una decisión que tuvo a toda la zona impresionados por la magnitud del hecho.

Junto a Villaiba había una posada muy célebre, pues a ella acudían todos los que querían torrar una buena comida casera, por lo que los carreteros que la conocian siempre aprovechaban su paso por aquel lugar para disfrutar de su afamada buena mesa y, además porque eran servidos por la hija del posadero que, según decían era una joven de singular belleza, con un pelo rubio color oro, bonito rostro y una simpatía arrolladora, en suma, un verdadero ángel.

Cierta noche llegaron a dicha posada cuatro hombres, dos jóvenes y dos ya maduros, eran importantes ganaderos. Dos de ellos, padre e hijo, y según dijeron pertenecían a una familia andaluza dedicada a la compra y venta de todo tipo de ganado. El dueno de la posada o mesón debía conocerlos, ya que fue hacia la mesa que ocupaban y saludó en primer término al ganadero conquense que les acompañaba y después al resto. Al mismo tiempo les anunció que inmediatamente les atendería su hija ofreciéndoles una copa de vino de la casa, de su propia cosecha.

No hubieron de esperar mucho, puesto que la joven, con una sonrisa amplia se presentó ante ellos quedando los dos jóveres impresionados de su hermosura, momento que aprovechó ésta para lanzar una mirada fulminante al hijo del ganadero conquense, ya que era un apuesto oven. Como éste tampoco había dejado de observarla desde que la vio aparecer, sus miradas se cruzaron y algo hizo latir con más fuerza sus corazones.

La cena fue transcurriendo y las miradas furtivas de la mesonera y el joven ganadero no dejaron de encontrarse, hasta tal punto que el otro joven gastó alguna que otra broma a su compañero de mesa, pero siempre de manera que sus progenitores no se percatasen de qué iba el tema. Al término de la cena el

mesonero les acompañó hasta la misma puerta donde con toda amabilidad les despidió. La joven, no muy lejos de la salida, larzó una última mirada hacia el grupo y alguien del mismo se la devolvió.

Al cabo de dos días después, sobre las doce de la mañana, el joven ganadero se presentó montado sobre un precioso caballo color blanco, en traje de faena, pero elegante. Cuando descabalgaba delante de la puerta de la posada apareció la bonita mesonera, la cual, desde una de las ventanas le había visto acercarse. Ambos se saludaron muy amablemente y permanecieron habíando en aquel lugar un buen rato, pues los padres de la joven habían bajado a Cuenca para hacer algunas compras de alimentos que necesitaban, dado que allí sollan dar bastantes comidas a lo largo de la semana y necesitaban tener algunas existencias, motivo por el que este hecho venían haciéndolo de cuando en cuando.

Se debieron sentir a gusto los jóvenes, ya que se pusieron a pasear por un camino poblado de piros que se hallaba junto a la posada. Así permanecieron una larga hora y cuanco el ganadero estaba a punto de marcharse aparecieron los padres de la joven, venían con un carrito de dos ruedas tirado por una hermosa yegua, con diferentes paquetes y cajas de alimentos. Estos sa ludaron al joven preguntando por su padre al tiempo de mandarle saludos de su parte. Este agradeció las muestras de simpatía de que fue objeto, cogió su caballo, se despidió de todos y cabalgó hacia el Ventano del Diablo, pues al parecer tenían pastando por allí cerca de uno de sus ganados. Pero ya antes había quedado con la joven en verse, puesto que él transitaba por aquel lugar con bastante frecuencia y, más ahora desde que conoció a la hermosa posadera.

Los dos jóvenes se fueron viendo con bastante asiduidad y el lugar elegido era el Ventano del Diablo, hasta que un día el joven ganadero fue a buscarla más temprano que de costumbre, detalle que le extrañó a la bella joven. Esta al verlo llegar le dio la impresión que algo ocurría, por lo que fue a su encuentro rápidamente. Este le dijo que sus padres se habían enterado de sus visitas y salidas con ella advirtiéndole que aquella chiquillada debía de terminar.

Esa era la postura de sus padres, pero él había decidido contínuar como antes, ya que sus progenitores pensaban casarlo con la hija única de unos amigos de posición alta. A dicha decisión el joven comunicó a sus padres que estaba dispuesto a seguir con ella pasase lo que pasase. A todo esto la joven le sugirió meditase lo que iba hacer, ya que era un paso importante y luego podría arrepentirse de haberlo hecho. El joven le contestó que lo tenía todo muy bien pensado y si fuese preciso abandonaría la casa paterna si sus padres insistían en alejarlo de ella.

Se retiraron a la parte de atrás de la posada y allí permanecieron un larguísimo rato hablando de lo que iban a decidir los dos, ya que era una cuestión importante para la vida de ambos. Había ocurrido una circunstancia decisiva y requería tomar una postura adecuada a esos momentos. No obstante quecaron en verse al día siguiente a la espera del resultado de una reunión que celebraría el joven con sus padres.

Pasados dos días vino a acontecer un hecho preocupante que estaban viviendo los padres de la joven, pues ésta había salido muy temprano de casa y eran la las dos de la tarde y aún no aparecía por ninguna parte. Los padres ancaban de un lado para otro como si tuviesen el presentimiento de que a su hija le nabía ocurrido algo, va que nunca se ausentaba de la posada sin antes decir a conde loa. En ese momento apareció un carretero el cual les dijo que a su hija la vio temprano por el Ventano del Diablo con el joven ganadero.

Rapidamente el posadero, acompañado de un grupo de hombres, salió hacia el Ventano del Diablo con objeto de ver si les había ocurrido algo o alguien les hubiese visto por otra parte. Tardaron muy poco en llegar comprobando que allí no había nadie, portio que decidieron buscar porlos alrededores y se encontraron con el mismo resultado, todo estaba normal. Pero de pronto, uno de los acompañantes dijo apreciar allá en el fondo, junto al riachuelo, algo como si se tratase de ropa. Como iban provistos de largas cuerdas, dos de ellos descendieron y volvieron a subir con ropa que reconocieron correspondía a ambos jóvenes.

Aquello preocupó a todos y de manera especial al padre de la joven, el cual temió les hubiese ocurido un accidente. Hablaron con los padres del jover y con las autoridades, se rastreó el río y todos los lugares próximos sin encontrar ninguna otra pista. Todo parecía indicar que hubiesen caído al río y se habían ahogado, no quedaba otra explicación. Volvieron a rastrear río arriba río abajo y todo resultó inútil, habían desaparecido sin dejar ningún ctro rastro que sus ropas. Fasaron los días y los dieron por desaparecidos o por muertos, hecho que impresionó a toda la gente de la zona.

Ya habían transcurrido tres años y aún se continuaba hablando de "La tragedia del Ventano del Diablo", cuando el padre de la joven cayó enfermo y se temía por su vida. Como era un hombre de gran popularidad entre los ganaderos la noticia de su estado corrió como un reguero de pólvora y sobre todo porque se temía por su vida, su estado era crítico. Esto trajo consigo algo que impresionó a todos, pues un atardecer se presentaron en la posada su hija y el joven ganadero acompañados de una preciosa niña rubia de algo más de dos

años. Aquel hecho cogió por sorpresa a familiares y demás gente de la comarca, puesto que habían sido dados por muertos. No obstante la alegría fue inmensa, hasta el extremo que el mescnero mejoró de su enfermedad y los padres del joven le perdonaron, a la vez de colmarles de felicidad la existencia de aquella preciosidad de nieta.

Se supo después que decidieron huir haciendo pensar que habían tenido un accidente, ya que la joven se quedó embarazada y temían la reacción de sus respectivas familias. Ellos habían decidido vivir juntos y no pensaron en otra cosa, ya que el amor que sentían era superior a cualquier otra circunstancia. Por lo tanto se marcharon a casa de un amigo ganadero que el joven tenía en Sevilla y sólo él sabía la verdad de lo ocurrido, secreto que supo guardar siempre. Este gran amigo fue el que estaba al corriente de lo que sucedía en Cuenca, siendo el que informó a su amigo de la enfermedad del mesonero.

Los padres del joven aceptaron la situación de su hijo al igual que los padres de la joven se hicieron cargo de lo ocurrido con su hija, y aquellas familias que habían vivido bajo la sombra de una gran desgracia, volvian a sonreir ante la mayor de las felicidades que no era otra que el hecho de haber recuperado a sus hijos y a una niña preciosa que uniría para siempre a todos.

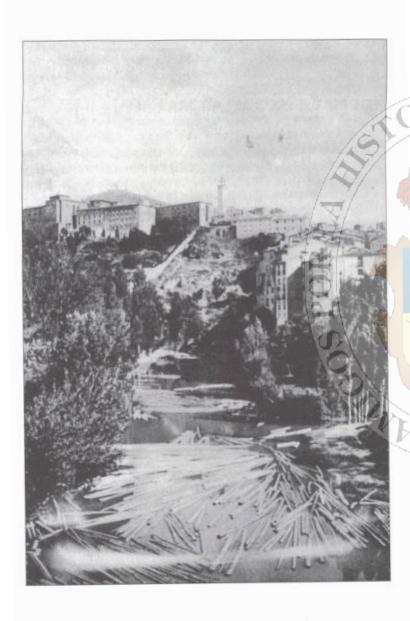
LOS MADEREROS DE LA TOBA

Allí donde el pino era el rey, grupos de hombres vivían largas temporadas alejados de sus familias, primero en la "corta" y después en la "maderada", hasta que llegaban al lugar de "saca", punto dave para la recogida de pinos.

Transcurría el año 1840 cuando en la Serrania se multiplicaron los incendios provocados, los cuales fueron los causantes de crear muchos problemas a los que participaban en las "maderadas". Había que cortar estos pinos y una vez efectuada esta, los troncos eran arrastrados por las caballerías hasta el mismo cauce de los rios o a lugares por donde se despeñaban al fondo de las corrientes de esos mismos ríos o de las hoces. Poco a poco iban reuniendo la "corta" y una vez finalizada la misma daba comienzo la dura y larga operación de la "maderada". Los personajes clave de tan magna empresa eran: el ganchero, el mayo al y el maestro de río, al que estaban sujetos los dos primeros. Un importante y buen colaborador era el vigla que se encargaba de transmitir órdenes entre y a través de altos persacos por medio de señales convenidas y muy claras para su distinción.

Como los ríos no eran muy caudalosos el transporte era difícil ya que consistía en conducir por el agua troncos suetos y aquí aparecia el personaje importante, casí mitológico: "el ganchero", el cual se encargaba de encaminar las piezas por la corriente provisto de un "gancho o bichero". Solía estar acompañado en semejante misión por el "mayoral", encabezando ambos la "maderada".

Esta era lanzada en tres momentos o grupos: delantera, centro y zaga. La primera tenía por misión salvar los obstáculos del río llevando a cabo los "adobos", que era clavar maderos en los lechos o en las orillas de los ríos, llamados "tientos", y así formaban el cauce apropiado. De esta manera cuando llegaba el "centro" los gancheros podían maniobrar desde las orillas o colocándose sobre los mismos troncos. Y finalmente, la "zaga", que venía a destruir las obras hechas por la "delantera" y arrastraba los troncos hasta el lugar de "saca". De la primera a la última transcurrían muchas semanas o meses, depende.



En cierta ocasión se formó una "cuadrilla" que sería la encargada de transportar una importante "maderada" hasta La Toba, pues por miedo a los incendios se había hecho una "corta" bastante considerable de pinos Albar, Laricio, Doncel y Rodeno; el primero y cuarto para utilizarlos en carpintería, pues tienen poza resina, y el segundo y el tercero para fabricar muebles o paste de papel, ya que contienen buena y abundante resina. Por tal motivo tenían que llevar a efecto el transporte con especial cuidado evitando los cruces de pinos, los cuales podrían producir retenciones que no sólo atrasarían la misión sino que llegarían a producir enormes daños materiales al dueño de los troncos.

Si la "corta" se había terminado felizmente ya estaba todo preparado para largar la "de lantera", los pinos dispuestos para ser lanzados al cauce del río y los gancheros y mayorales en sus puestos. Si las aguas del río estaban tranquilas se iniciaba la tarea de salvar todos los obstáculos para que el "centro" tuvese efectividad y rapidez. Ante los imprevisto que pudiesen surgir colocaban a los vigias en los lugares más elevados y visibles, no se podía dejar nada a la improvisación, había en juego mucho. Los "adobos" se finalizaban con algún que otro problema, ya que podría producirse algún herido al haber perdido el equilibrio y golpearse con los troncos. Una vez todo dispuesto se decidía lanzar el "centro" por miedo a que surgiese un cambio de tempo y lo retrasase.

Miles y miles de troncos se lanzaban al río donde los "gancheros", con la habilidad que les caracterizaba, con el "bichero" en ristre, se movían de un pino a otro procurando evitar cualquier cruce. Andaban con tanta facilidad sobre los troncos flotantes que era un verdadero espectáculo ver con la soltura que se desenvolvían. A veces pasaban varios días y todo resultaba sin problemas importantes, pero si aparecía algo que temían desde siempre, las nubes negras que surgian por doquier y lanzaban lluvia torrencial, retrasaban su trabajo. Aquella acción imposibilitaba que los vigías pudiesen pasarse unos a otros las se ales convenidas, puesto que la lluvia a veces era tan intensa que apenas se veia a unos métros de distancia.

En cierta ocasión estuvo lloviendo toda la tarde y a última hora vieron como las aguas del río subían de nivel y los troncos se amontonaban por todas partes, pues los gancheros no podían sujetar aquella avalancha de agua y troncos. Gracias que a última hora del día desaparecían las lluvias, amainó aquel temporal repentino, lo que hizo posible la comunicación de los vigías, ya que estaban provistos de farolas cuyas luces y movimientos se divisaban perfectamente. Parece ser que algo había ocurrido en una de las angosturas próximas a La Tcba, según las noticias que se iban recibiendo se supo que un ganchero tenía

civersas heridas y casi una docena presentaban fuertes contusiones. Había gran preocupación porque se podría producir alguna victima grave dada tal eventualidad, pero nada peligroso sucedió.

No obstante fue para todos una noche interminable y, gracias a Dios que había dejado de llover, ello hizo posible que hubiese comunicación entre el principio y el final del recorrido. Para el "maestro" del río y vigías fue una noche agobiante, era preciso saber que ocurría en cada rincón y en cada tramo, al tiempo de dar ánimos a toda la gente. Tanto los rarcheros, como los conductores de "hato" y acarreo de comestibles, no cesaron ní un instante de ir de un lado a otro, llevando a cabo su cometido como un ganchero o vigía más. La situación era muy complicada y aquello podía terminar siendo la ruina del propietario de la maderada, así como perderse alguna vida si la crecida del río a imentaba. Todo dependía de que no continuase lloviendo y los troncos volviesen a su ritmo de marcha normal, pues los gancheros y mayorales, que erar expertos en la conducción y desbloqueo se encargarían cuando amaneciese de regularizar la marcha de tal cantidad de troncos.

Apenas si habían aparecido los primeros rayos del nuevo día cuando a lo largo de todo el trayecto se estaba pasando ya las noticias de los hechos acaecidos más importantes. Los vigías no cesaban de mandar mensajes animando a la gente que estaba en las orillas del río o sobre los troncos flotantes. En total había cinco gancheros heridos de cierta consideración, unos veinte con contusiones y ocho heridos de poca importancia como causas de caidas.

Cuando los rayos de so hicieron acto de presencia iluminaban el cauce de aquel río en el cual muchos hombres se estaban jugando la vida por evitar un desastre. Se detectó que varios "adobos" se habían desarticulado motivo por el que un grupo de gancheros intentaba que la madera no se estancase con el peligro de inundar la zona y todo terminase de manera fatal para los trabajadores y dueño. Al llegar la tarde de ese mismo día todo estaba controlado y los miles de pinos bajaban sobre las aguas del río bajo la mirada atenta de los gancheros que tan pronto estaban en las orillas como andando sobre los troncos flotantes. Gran labor, impresionante misión, agotador trabajo la de estos hombres que con un simple gancho eran capaces de conducir cantidades ingentes de pinos salvando desniveles, angosturas y peñascos.

No volvió a ocurrir otro día de lluvia como aquel, aunque estuvo varios días con nubes, pero nunca llovió, por lo que la "maderada" seguía su marcha por el río a buen ritmo. Algunos heridos se iban recuperando, sólo preocupaban

dos de los que sufrieron varias heridas de alguna consideración, pero no corrían peligro de muerte. También se recuperaron fácilmente los que habían recibido contusiones en distintas partes de su cuerpo. Al estar casi todo el río cubierto de troncos resultaba difícil salir a flote si se perdía el equilibrio, ya que las caídas erar a veces muy peligrosas, caso de caer entre los huecos existentes entre los troncos.

Como se trataba de hombres jóvenes y otros menos jóvenes, pero grandes expertos en esta increíble misión de conducir enormas cantidades de pinos, realizaban su peligroso trabajo con esmerada dedicación y como si de un juego se tratase. Era un espectáculo de enormes dimensiones humanas las que cada ano se podían presenciar en la bajada a La Toba.

El tiempo invertido en llevar a feliz término una "maderada" no era fijo, dependía de múltiples causas; pero no menos de un mes solía ser aquella andadura sobre troncos flotantes. Excitante, dura, peligrosísima era la vida de aquellos "grandes hombres" del río, que se pasabar a lomos de millares de pinos semanas y meses entregados a la conducción de éstos hasta el lugar de la "saca" que normalmente se llevaba a cabo en La Toba, sin olvidar que en alguna ocasión llegaron a perderse vidas en tan delicada misión.

Vaya desde aquí nuestro recuerdo y nuestro aplauso a todos aquellos que de una manera o de otra escribieron preciosas historias o leyendas como la que en este momento se cita.

LA CENA DE LOS CAPIROTES

Cuando se acercaba el crepúsculo de las noches semananteras conquenses estas venían a rememorar el drama del Calvario, para ello la llama tintineante de miles de toscas tulipas de madera acompañadas de los tristes golpeteos de palillos y tambores, que acompañaban a largas e interminables filas de nazarenos los cuales señalizaban con su paso acompasado, como si de simples luciérnagas se tratase, aquel lugar donde Cristo había de dar su vida por el pueblo.

Ya en la primera mitad del siglo XIX en aquellas impresionantes procesiones llenas de fervor desfraban siglos de historia ante los ojos de la gente, cuyos rostros ofrecían gestos de respeto, fervor y piedad, a la par de brotar siencio-samente de sus labios una humilde oración. Era digno de contemplar cómo rostros curtidos por lodos los vientos y todos los soles se veían surcados por lágrimas de amor. Sus fuertes manos agarradas a una rústica tulipa a a que hacian temblar de devoción, era la más significativa muestra de entusiasmo de aquellos nazarenos de túnicas moradas. Entonces era costumbre estar atentos al momento en el que el silencio era roto por el canto, siempre solemne y a la vez alegre, de una saeta, cuyo contenido hacia erizar el cabello y enfervorizar aún más a todos los presentes.

Un grupo de amigos tenían la costumbre de cenar esas noches todos juntos en el desván de una casa de uno de ellos, completamente vestidos de nazarenos, incluso con sus capirotes. Solían utilizar una larga mesa adornada con tres grandes candelábros que iluminaban aquel extraño lugar así como a los ocho comensales que ocupaban la mesa. Sólo se descubrían el rostro durante el tiempo que duraba la cena y mientras celebraban este menester no se intercambiaban ni una sola palabra. Los alimentos que tomaban consistían en legumbres, pescado y fruta del tiempo; luego en la sobremesa era obligado disfrutar del sabor semanantero del alajú, de las torrijas y del resoli.

Una vez que habían tomado su última copa de resoli rezaban el via crucis, ya que era la práctica devota en el que conmemoraban los principales momentos de la Pasión. Cada uno recitaba una estación y para ello leían unas frases de un pequeño libro que se pasaban de uno a otro. Finalizado el mismo, el cafrade de más edad daba fin a tan singular acto con las siguientes palabras: "Tú, Señor, que fuiste apresado, encerrado, ultrajado, escupido, azotado, crucificado, muerto y resucitado, escucha nuestras plegarias y permite que cada año celebremos en tu honor estas cenas, como tú celebraste la última con tus discipulos, por los siglos de los siglos, amén."

Inmediatamente después de esta ceremonia cambiaban su indumentaria y al haber tomado unas copas de aquel licor típico, les invitaba a la tertulia, a la conversación relajada, pasándose largas horas en un ambiente de gran camaraderia. Como siempre, alguno "se pasaba de rosca" y al tomar unas copas de más, el resto debían acompañarlo a su casa, para ello lo sujetaban en medio de dos, se colocaban sus capirotes y andaban todos juntos como si de una brema se tratase, al objeto de que aquel detalle pasase desapercibido ante la gente que se encontrasen en su camino, pues todo se comentaba luego y una situación como aquella s'empre traía consigo los acostumbrados dímies y diretes.

La segunda cena se celebraba el Jueves Santo, aquella noche nadie dormia, se la pasaban de aquí para allá, pues tenían como obligación visitar las casas de todos los componentes del grupo y en cada una de ellas tomarse unas copas de resoli y unos trozos de alajú o alguna torrija. De tal manera que cuando llegaba la hora de la procesión del Jesús se hallaban en condiciones óptimas para imitar a los que compusieron aquella masa de hombres que insultaron, se burlaron, gritaron y escupieron al Hijo de Dios hacía ya más de mil ochocientos años. En las calles conquenses esa noche, larga noche se oía de todo, gritos, carcajadas, gemidos y sollozos de todos aquellos que se nabían pasado de la raya e ignoraban lo que hacían, era natural.

Después de aquella procesión sobrecogedora y de tono burlesco donde el insulto, la mofa y el griterio era lo normal, acompañada de estridentes sonidos de cornetines y paloteos de tambores en la que se representaba un cariz trágico desde los primeros instantes, se volvían a reunir el grupo en aquel desván que para ellos era lugar de arrepentimiento y plegaria. Cuando ya todos se hallabaninstalados en sus respectivos asientos, el más joven de los cofrades leia una cuartilla que decia lo siguiente: "Hermanos, hemos cometido un grave pecado contra nuestro Dios al insultar y mofarnos de su Hijo, ahora es el momento de reflexionar, de arrepentirnos, de llorar, pues hemos asesinado a la única verdad, a la fe, a la esperanza de la humanidad y al amor de todos los hombres, amén".

A continuación se ponían de rodillas, con sus brazos en cruz, alzando su mirada al cielo mientras cada uno hacía un acto de arrepentimiento bajo un impresionante silencio. Transcurridos unos minutos finalizaban aquella profesión de fe, dejardo sus hábitos morados sobre el sillón que cada uno tenía alrededor de la mesa. Volverían más tarde a ponérselos ya que sería la última procesión a la que debían asistir y, a continuación celebraban la cena en la que consumirían lo establecido para aquélla ocasión.

Esta última cena la celebraban entre las doce y la una de la madrugada y consistia en patatas asadas, las cuales aliñaban con aceite y sal. A continuación tomaban "bacalao frito", el cual habían tenido varios días en agua para quitarle la sal y como entremeses, pepinillos y cebollas en vinagre, además de aceitunas, todo ello bien regado con unas jarras de vino de la tierra. De postre tomaban una buena dosis de nueces con rica miel de sus colmenas y finalizaban con unas copas del consabido resoli casero y unos trozos de alajú. Todo esto era costumbre hacerlo vestidos de nazarenos con sus túnicas moradas y sus capirotes junto a la mesa. Así lo venían haciendo ya muchos años atrás, por lo que ellos mismos habían bautizado aquel acto como "La cena de los Capiretes". (Lo consideraban como un acto de penitencia por sus pecados).

Cuando esta liesta había terminado recogían sus ropas y las depositaban en el interior de un enorme arcón de madera preparado al efecto. Después se unian con sus esposas y todos juntos descendían por la hermosa bajada que conducia al Santuario para acompañar unos minutos a la Madre (Virgen de las Angustias) an recuerdo del dolor que sufriera al contemplar la agonía de su Hijo. Esta costumbre era antiquísima ya que los conquenses sintieron siempre un gran amor a dicha Virgen, y había quién recordaba como en el año 1816 fue visitada por el Rey Fernando VII. Este mismo rey volvería diez años después a postrarse ante la misma, junto con su tercera esposa, Doña Amalia de Sajonia, cuando iban de paso para el Solán de Cabras a fin de que la Beina tomase aquellas aguas que aseguraban pudiese influir en su futura descendencia.

Desde siempre las callejuelas estrechas y serpenteantes de Cuenca han invitado a que ese impresionante misterio de la pasión se viva con gran intensidad y del llanto de los penitentes se perciba un fuerte sabor a cera a lo largo de las empinadas calles de esta ciudad misteriosa y de embrujo. Sus calles silenciosas convertidas en una inmensa tulipa, poco a poco se hacen ruido, murmullo, protesta, griterio, insulto, para ser espanto ante el prodigio

que se avecina y llega año tras año cada vez más profundo y más humano. Y quien sabe si en la actualidad no habrá más de un grupo que celebren "La cena de los capirotes", pues cuando se acerca la fiesta de los ázimos esta hermosa e impresionante ciucad cambia su ritmo de v da y se transforma en un Jerusalén viviente invitándonos al recogimiento y a paladear unos días de fe, a la vez de prepararnos para la alegría de la Resurrección.

LOS MURCIÉLAGOS DE LA CIUDAD ENCANTADA

Increibles historias se han escrito siempre de muchos animales, pero quizá las más inverosímiles hayan sido las dedicadas al murciélago, ese mamífero volador de amplias orejas y ojos diminutos, aunque sea ciego. Se cuenta que en Quenca, precisamente en la Ciudad Encantada, allá por el año 1890 ocurrieron sucesos relacionados con murciélagos, los cuales ahora se narran como una leyenda o una historia fantástica.

Transcurría el mes de julio y el calor era poco menos que sofocante habiéndose declarado una especie de plaga de escarabajos y mariposas en una zona que comprendia la Ciudad Encantada, apreciándose enormes bandadas a la hora del crepúsculo Parece que esto fue el motivo de la aparición de miles de murciélagos, los cuales se lanzaban sobre estos insectos con gran voracidad, al tiempo de emitir un sonido especial, cosa que llamó la atención de unos pastores que solían recorrer aquella zona con sus ganados. Como éstos se pasaban todo el año junto a miles de cabezas de ganado de un lado a otro de la Serranía, cuando llegaban los meses fríos del invierno y la nieve hacía acto de presencia se reunían y se contaban las cosas curiosas que cada cual había pasado. Pero en esta ocasión, al ecurrir este hecho en pleno verano sólo dos de ellos estaban alli presentes.

Junto a los corrales en donde guardaban el ganado vivían los pastores en unas construcciones hechas de piedra con el tejado de madera, teja y barro. Un atardecer cuando las luces del día daban sus últimos reflejos se reunieron en el momento de encerrar el ganado, quedando muy sorprendidos al contemplar enormes cantidades de mariposas, mosquitos y escarabajos, acompañados de un ruido muy singular. Poco a poco fueron apareciendo murciélagos hasta llegar a ver una verdadera legión de ellos, quienes atacaban incesantemente a los insectos, los cuales eran un verdadero y exquisito plato. Si el ruido ocasionado por aquel ejército de animalitos se unía el originado por los murciélagos llegaba a producirse una mezcla curiosa de sonidos como si se tratase de habitantes de otras galaxias.



Durante bastantes días vieron las mismas escenas a la hora del crepúsculo y unos y otros desarrollaban su actividad durante toda la noche. No obstante, a su vez, los murciélagos debían estar pendientes de su depredadores, tales como la lechuza y el búho, ya que al mínimo descuido eran presa de estas rapaces nocturnas. La lucha de supervivencia de los murciélagos era espectacular ya que dada su velocidad de vuelo, el impacto con los búhos o las lechuzas era digno de contemplar. Aquellos pastores, con ojos de estupor, jamás habían presenciado una batalla semejante en donde la pericia de las rapaces se contraponla a la rapidez de los mamíferos voladores.

Una tarde, próximo al atardecer, oyeron como una especie de chillidos o gritos singulares emitidos por verdaderas nubes de murciélagos en el interior de la Ciudad Encantada. Esto les hizo penetrar en ella a tiempo de ver como esos particulares gritos o chillidos eran como consecuencia de la persecución a que sometían las rapaces a los murciélagos, parecian más bien persecuciones galácticas. Muchos de ellos eran presa de las afiladas garras de las rapaces, otros lograban huir dando vueltas de un lado para otro buscando espacios libres o lugares exentos de peligro. El espectáculo que ofrecían, unos por alimentarse y otros por defenderse era realmente de cuentos de ciencia ficción y, a la vez peligroso para los pastores en algunos momentos.

Tal situación ya no les gustaba a los pastores, pues hubo momentos en los que estos pequeños mamíferos voladores llegaron a atacar a ellos dos, hasta tal punto que llegaron a sentir miedo de encontrarse allí, dado que les hacían unas pasadas velocisimas por encima de sus cabezas, al tiempo de emitr unos chillidos desparradores que les ponían los pelos de punta. Esto les hizo pensar que tal vez esos murciélagos fuesen brujas que valiéndose de sus poderes mágicos se hubiesen transformado en este tipo de animal, pues no sería la primera vez que esto ocurriese, según "oyendas" de otros. Ambos pastores habían oído contar muchas leyendas en las que estas hechiceras aparecían a la hora del crepúsculo y al llegar el alba se escondían, pudendo transformarse en arimales eligiendo en esta ocasión la figura del murciélago.

Asustados ambos pastores y con objeto de poder apreciar la enorme cantidad de estos animales voladores recorrieron una buena parte de la Ciudad Encantada y quedaron perplejos ante la visión que pudieron apreciar, era un hecho sin precedentes por la multiplicidad de murciélagos que llegaron a ver. Sobrevolaban aquel lugar abordando a los insectos que les servían de al mento al mismo tiempo que debían esquivar a una gran cantidad de obstáculos rocosos a la vez de defenderse de infinidad de rapaces que les asediaban o choca-

ban. Era curioso ver como durante el día había un silencio sepulcral, pues todos los interpretes de semejante espectáculo descansaban ocultos en oquedaces y grietas en medio de un sopor que los aletargaba, pero al llegar las primeras sombras de la noche cada animal se lanzaba como un meteoro en busca de su alimento preferido.

Un anochecer ocurrio que iban los dos pastores con una manada de cabras y de pronto se vieron atacadas éstas por una enorme bandada de murciélagos, los cuales algunos se estrellaron contra los cuernos de los rumiantes, mientras otros llegaron a ocasionar heridas en los cuerpos de esto bóvidos. Al contemplar aquel nuevo hecho no pudieron menos de pensar que aquello parecía un acto de brujería o hechicería, pues desde varios cientos de años había brujas en Cuenca según la gente o de mentalidades supersticiosas, decian otros, aunque también los había y lo han dicho siempre que jamás las hubo y que solo existeron en calenturientas mentes.

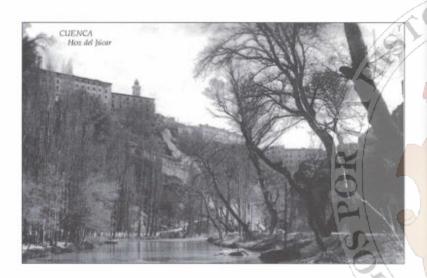
En otra ocasión ocurrió que un grupo de madereros fueron atácados por estos animales voladores viéndose obligados a guarecerse, yá que se llegó a decir que al menos a uno de ellos le llegaron a hacer brotar mucha sangre como si de vampiros se tratase. Aquella noche como tuvieron necesidad que quedarse a la intemperie, pudieron apreciar en toda su extensión la posible existencia de poderes mágicos por parte de los murciélagos, dado que su forma de actuar era más propia de animales racionales. Todo esto les llevó a pensar que allí estaba ocurriendo un acto diabólico y como eran muy supersticiosos creyeron que existía un pacto con el diablo, pues les daba la impresión, al verlos pasar, de contemplar a unas brujas montadas sobre sus escobas y dando estridentes chillidos.

Llegó un momento que allí se estaba celebrando una fucha de poderes maléficos entre verdaderos demonios encarnados en aquellos misteriosos y brujeriles murciélagos y las no menos hechiceras lechuzas y búhos. La batalla a muerte que se estaba llevando a cabo entre estas dos fuerzas que, en aquellas circunstancias perecían superar las leyes naturales, dieron como resultado la muerte de cientos de mamíferos voladores y decenas de búhos y lechuzas. Pero lo más llamativo del caso era que lo mismo unos que otros presentaban sus cuerpos ensangrentados y prácticamente destrozados.

No olvidarían ambos pastores aquella impresionante película de los hechos, ya que los gritos desgarradores emitidos por los murciélagos al mezclarse con los chillidos y el ulular de lechuzas y búhos, hacian dramático el momento, motivo por el cual se le erizaban a cada momento sus cabellos, mirándose con rostros desencajados y blanquecinos.

Pero mayor fue su sorpresa cuando al intentar abandonar la zona aquellos guardadores de ganado se vieron perseguidos por una ingente legión de murciélagos que se lanzaban en busca de sus cuerpos como impulsados por fuerzas ocultas. Apenas si pudieron llegar a uno de sus apriscos, ya que parecian espectros, guiñapos, verdaderas visiones fantasmales, puesto que llegaron con sus rústicas ropas hechas jirones y expulsando sangre por varias partes de su querpo.

Continua contando la leyenda que cuando regresaror sus compañeros de oficio ; se reunieron todos para narrarse las vivencias pasadas por cada uno de ellos, con gran asombro y scrpresa escucharon las de sus dos amigos, los cuales es mostraron sus cuerpos picoteados y señales de heridas recibidas por muchas partes. Por lo que a partir de aquel momento jamás volvieron a salir cuando las sombras hacian acto de presencia y nunca olvidarían a tan maléficos murcielagos.



LA CORACHA MALDITA

El joven monarca castellano Alfonso VIII se dirigió hacia Cuenca con el firmo propósito de conquistar la ciudad, para lo cual le puso sitio con objeto de rendirla. Situó a sus fuerzas de tal manera que el cerco hacía imposible recibieser ningún tipo de viveres, aún así los árabes aguantaron ocho meses y medio el mplacable asedio, entrando triunfante el día 21 de septiembre de 1177, festividad de San Mateo.

De lo que no fueron capaces los cristianos fue de privar a los mahometanos del suministro de agua, ya que se descubrió después de la conquista de la ciudad la existencia de un pozo excavado al lado del río Júcar con abundante agua potable. Este estaba situado en las inmediaciones de la puerta de Aljaraz, hoy llamada puerta de San Juan, de tal manera escondico que resultaba difícil dar con el. El verdadero pombre de ese pozo era el de "La Coracha", puesto que aunque esta ciudad ha tenido que soportar grandes épocas de sequía a lo largo ce su historia, jamás le falto agua en dicho lugar.

Precisamente de abl le viene el nombre, pues hay un dicho castellano que cice: "Bebes más que una coracha", o lo que es lo mismo, se le denominaba antiguamente así al pozo, noyo o excavación que recogía y manaba agua de tal manera que en ningún momento le faltaba el liquido elemento. Por aquella circunstancia los árabes nunca pasaron privación alguna de agua, aunque tenían que llegar a ella descendiendo por un muro rocoso atados con una resistente y fuerte maroma impldiendo de esta manera que pudiesen despenarse.

La tarea no era fácil, dado que esa ardua labor tenían que hacerla al amanecer o al anochecer, con objeto de que no fueran advertidos por los cristianos. Tenían que elevar el agua en diversas clase de vasijas, por lo que dedicaban muchas horas a aquella importante misión. La empresa era realmente muy arriesgada dando origen en varias ocasiones a mortales accidentes, motivo por el que no lejos de la Coracha hallaron varias fosas con restos humanos en los que se podían apreciar enormes fracturas en la cabeza producto del golpe al caer. Algún tiempo después de la toma de la ciudad descubrieron tan singular pozo y rápidamente procuraron la posibilidad de acceder a él, al objeto de poder utilizar aquel caudal de agua de excelente potabilidad y frescura. Auncue consiguieron hacer llegar al mismo con cierta facilidad al usuario, continuaba siendo un lugar que encerraba especial misterio y el tiempo así lo demostró. Se cuenta que a los pocos meses de acudir gente a por agua a la Coracha, vino a suceder algo que impresonó a toda la población, siendo esto el cuerpo de la leyenda.

Una tarde en pleno mes de agosto, a la hora de la "siesta", una madre y sus dos hijas fueron a llenar varias vasijas de agua fresca para lo que llevaban un pequeño burro provisto de unos "aguarones" de esparto donde se colocaban unos cántaros de arcilla. Llegaron hasta el mismo pozo, ataron el asno a unos matorrales próximos y descargaron las vasijas. Llenaron éstas de aquella agua cristalina con la ayuda de un cubo y una maroma de esparto, ya que el agua estaba muy "somera", colocándolos en el mismo lugar donde habían venido. Una vez que habían desatado al bruto animal y se decidían a emprender el camino de regreso, éste hizo una especie de cabriola al ver una pequeña cule bra que salía de los matorrales deslizándose próxima a sus patas delanteras. Al espantarse el animal de manera aparatosa golpeo con su fuerte cabeza a la madre haciendola caer en el interior de la Coracha con gran sorpresa y desesperación de sus hijas.

Ambas, al ver caer a su querida madre lanzaron gritos desgarradores al comprobar que desapareció rápidamente bajo las aguas como si se la hubiese tragado una fuerza misteriosa. Continuaron lanzando gritos desesperadamente pidiendo auxilio, pero nadie les oyó y al ver que no salia a la superficie corrieron por aquel estrecho camino que las conducía al Recreo Peral. Allí no había nadie, pero en ese momento circulaban unos carreteros frente a ese lugar y oyeron los gritos que daban aquellas dos jóvenes angustiadas y nerviosas. Detuvieron sus caballerías y fueron inmediatamente al encuentro de las mismas, las cua es con frases entrecortadas por el llanto dijeron lo que les había ocurrido en la Coracha.

Impresionados por el increible hecho, los carreteros corrieron hacia el lugar que les indicaron y llega on en el momento que el cuerpo de la infortunada mujer flotaba sobre el agua. Como las dos hijas querían sacarla ellas y ante el estado de nervios de todos, la tarea de sujetarla no resultó nada fácil, pues tenían miedo se sumergiese; pero al final lo consiguieron con muchos esfuerzos, aunque ya nada pudieron hacer por ella, había muerto ahogada y empezaba a ofrecer un abultado vientre.

Como consecuencia de aquella desgracia nadie volvió a sacar agua durante muchos años de "La Coracha de la muerte", nombre con el que fue bautizada, de la que se llegó a comentar estaba maldita, que allí había "espíritus" árabes, ya que era un pueblo muy supersticioso.

A lo largo de los siglos XIII y XIV terribles pestes vinieron a causar muchas muertes en la población y villas próximas, achacando el origen de muchas de ellas al hecho de haber dado de beber de aquellas aguas a ovejas y otros animales, cuyas carnes comidas por la población infectaron a los que las consumieron. A partir de entonces se le dio el calificativo de la "Coracha maldita", aunque nunca se pudo demostrar que aquellas muertes y otras series de cosas que se le venían adjudicando fuesen verdad. A pesar de todo decir su nombre ponía los pelos de punta a mucha gente y con aquel nombre se le vino llamando durante muchísimos años.

A este misterioso pozo cuya pureza de agua en todo momento fue muy buena se le han achacado infinidad de despropósitos consiguiendo con ello pasase a leyenda lo que normalmente no dejarían de ser acontecimientos fortuitos. De esta manera y a lo largo de los siglos "la Coracha" ha sido motivo de dimes y diretes, hasta el extremo de llegar a decirse que sus aguas estaban embrujadas, malditas.

En 1413 hubo una gran sequia, según dice la leyenda, y como escaseaba el agua potable no tuvierón más remedio que utilizar aquel pozo para proveerse. Los primeros días, muchos, no se decidieron a hacerlo por miedo a los comentarios que de aquella agua venían oyendo ya muchísimos años, pero como vieron que nada ocurría a los que bebieron, comenzaron a llevársela toda la gente. Y ahí es donde apareció a tomar forma de nuevo la leyenda, puesto que a la semana siguiente ocurrió que todos los que habían bebido los últimos días agua de la Coracha empezaron a sentir dolores intestinales, fuertes diarreas y la mayorla sufrieron fiebres altas a la caída de la tarde.

Estos casos ocurridos dieron motivo para que aquellas aguas fuesen analizadas, descubriéndose, al parecer, que alguien había arrojado sobre ellas algunas plantas que las infectaron premeditadamente. Con la mayor celeridad posible prohibieron el uso de la misma, pero para evitar posibles malos entendidos decidieron sacar toda y echarla al río, pues allí no produciría mal alguno. Aunque estuvieron más de una semana con aquella tarea no lograron secar el pozo, por lo que decidieron taparlo de tal manera que nadie pudiese sacar, por el momento, de aquel liquido contaminado y peligroso. Fueron transcurriendo los años y aunque la leyenda de la Coracha fue pasando de padres a hijos, tuvo muchos detractores que nunca creyeron todo aquello que se comentaba, pero los hechos eran contundentes y persistía su mala fama. También se comentaba que quizá fuese consecuencia de la imaginación y de la bajeza de alguna mente trasnochada o igualmente se había exagerado demasiado y lo que había sucedido en ésta no salía de lo normal teniendo en cuenta que los pueblos se alimentan de fantasías y comentarios que a lo largo forman historias y leyendas increíbles.

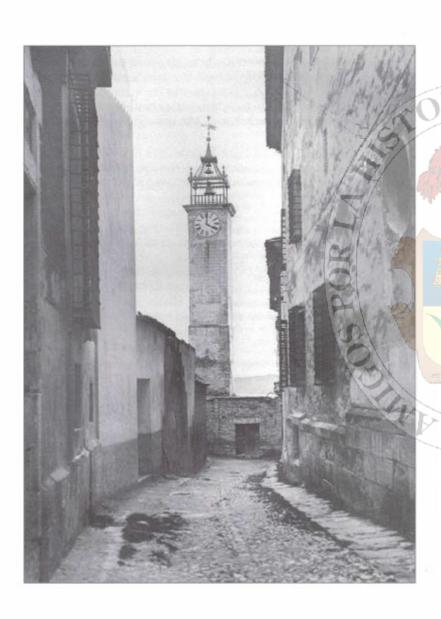
En el siglo XVI volvió a ocurrir otro hecho lamentable y de nuevo surgió "La Coracha maldita", la cual desde que se conoció su existencia sólo había traido desgracias a la ciudad. Se comentaba que una tarde de verano fueron a bañarse en e río Júcar un grupo de jóvenes, ya que hacía un calor bochornoso y eligieron aquella parte del río donde las aguas eran tranquilas y transparentes. Para ello tuvieron que pasar junto a la Coracha, en la cual habían estado bebiendo agua fresca, pues era un día de altisimas temperaturas.

Jna vez que habían disfrutado de un estupendo baño se sentaron muy cerca del mítico pozo a fin de merendar y tener cerca un buen lugar para beber. Hubo alguno de ellos que gastó bromas sobre la enigmática Coracha, advirtiendo que era una temeridad beber de sus aguas, ya que traja mala suerte. Levantándose un de ellos al oir aquellas palabras y dirigiéndose a todos les dijo que observasen lo que hacía él con aquella Coracha maldita. Acto seguido comenzó a dar saltos en torno de la misma simulando un baile ancestral y mítico de un pueblo antiguo, según iba anunciando él mismo. A esto le siguió una serie de movimientos ridiculos y aparatosos con sus brazos y piernas. Pero, de pronto, resbaló y se precipitó al interior del pozo ante la sorpresa de todos sus compañeros quienes se dirigieron rápidamente hacia la misteriosa Coracha con intención de ayudar a su amigo.

Cuando llegaron ya el joven había sido engullido por sus aguas y aunque esperaban verle salir, ya que se creian era una nueva broma, no ocurrió así. Ante semejante sorpresa, tal fue el nerviosismo que les embargó que se quedaron como petrificados sin poder apenas moverse al contemplar como su compañero desapareció y no volvía a aparecer ante sus ojos de aquella manera tan misteriosa y absurda.

Fueron corriendo varios a solicitar ayuda y contar lo sucedido, mientras otros quedaron a la espera de verle aparecer sobre las aguas, pero nada de esto ocurrió, y aunque llegó pronto un grupo de hombres que tomaban un baño muy cerca, nada pudieron hacer por él. Su cuerpo lo retuvieron las aguas y apareció flotando sobre éstas cuando llegaba el anochecer.

"La Coracha" ya se había cobrado otra vida y la leyenda continuaba tomando más cuerpo. ¿Hasta cuándo no haría otra de las suyas "La Coracha maldita"?. Parece que aún hubo otros casos que fueron ocurriendo a lo largo del tiempo, motivo por los cuales ha llegado su historia hasta nosotros. Esperemos que esa cruel leyenda sea ya para siempre, sólo eso, una leyenda.



EL AMO

Transcurría el mes de diciembre de 1868 cuando en una tasca ubicada en la parte alta de Cuenca se celebraba una partida de cartas en un saloncito interior que, al parecer, estaba dedicado a dicha función. Cinco personas compor lan la partida, dos de ellas eran de un pueblo cercano y las tres restantes de Cuenca. Según se decla, este tipo de partidas solían ce ebrarse en la mayor intimidad, dado que los componentes de las mismas eran normalmente personas muy conocidas y "pudientes", en las cuales se veían involucradas grandes cantidades de dinero e incluso terrenos y haciendas.

Aquella noche los componentes de la partica eran muy "tiraos palante" y se esperaba un final apasionante y espectacular, pues los envites serian, sin duda alguna, fuertes. Estarían presentes en la misma, como espectadores de excepción, algunos de sus amigos más intimos, ya que se trataba de partidas muy serias y de buen talante de amistad, pues todos respetaban los resultados ya que era cuestión de suerte. Entre los jugadores se encontraban un potentado ganadero de Cuenca y un rico ganadero de un pueblo próximo, además de tres comerciantes importantes. Según pasaban las horas se iban retirando los que habían perdido sus fondos, hasta que allá por la madrugada sólo quedaban jugando dos de ellos: el ganadero y e agricultor, este era sobradamente conocido con el apodo de "El amo", ya que era dueño de grandes extensiones de monte y cultivos.

Aunque a estos dos personajes les unía ur a gran amistad estaban separados por ciertos celos de poder entre ellos, no obstante el hijo del ganadero y la
hija del agricultor se veían más de lo normal, comentándose muchas cosas de
ambos. Este detalle era un secreto a voces ya muy conocido por las dos familias
y ninguna había intervenido en un sentido u otro en esas relaciones de amistad
entre los dos jóvenes. Este hecho daba que habíar a la gente quienes comentaban que todo aquello estaba preparado por los mismos padres, los cuales,
en algunas ocasiones, en el transcurso de aquellas partidas habituales habían
dicho entre bromas que les daba igual ganar el uno o el otro, si al final sería
todo para sus hijos.

Pero aquella madrugada vino a ocurrir que el agricultor se quedó sin dinero ya que en uno de los envites lo perdió todo, y éste en lugar de dar por terminada la partida le propuso al ganadero jugarse un terreno que él siempre habia pretendido comprarle, poniéndole un precio de antemano. Aquella importante propuesta fue aceptada y continuaron la partida, siempre con la presencia de los tres comerciantes que figuraban como testigos, pues el momento lo requería por la trascendencia de lo que se jugaban.

Media hora más tarde el agricultor había perdido la referida propiedad que nunca quiso vender a su compañero de juego y que se trataba de un buen terreno de pastos, el cual era el ideal para sus ganados. Con el rostro sereno y sin comentario alguno, el ganador entregó una hoja de papel, una pluma y tima que le había proporcionaco el mesonero para que redactase el documento que le hacía dueño de aquellos pastos que él siempre sonó conseguir al precio que fuese, ya que eran fundamentales para alimentar a sus ovejas, corderos y vacas.

Una vez confeccionado aquel documento recibo, el ganadero agradeció a su compañero aquel detalle, animándole para que en otra ocasión la suerie estuviese de su parte. El agricultor con una disimulada sonnsa se despidió de los allí presentes abandonando aquel lugar con la mayor rapidez y bajo un silencio muy significativo.

Pero las reacciones no se hicieron esperar y al dia siguiente, el hijo del ganadero fue objeto de malos modos y maneras del agricultor cuando llegó en busca de su hija, como lo había venido haciendo otras veces. El joven, ignorante de lo ocurrido la noche anterior le contó a su padre la acción grosera y de mal gusto que había recibido esa mañana. Entonces su padre le narro lo sucedido, pensando que estaría aún enfadado y no había que tomárselo en consideración, pronto se le pasaría y volvería la normalidad entre ellos.

Pero no fue así, ya que el agricultor impidió nuevamente que el joven viese a su hija, al mismo tiempo de pedirle que no volviese a verla. También hubo problemas cuando varios días después algunos peones del ganadero se presentaron en el terreno de pastos, aquel que había ganado en la partida de cartas, con objeto de señalizarlo y hacer unas rústicas empalizadas para separar las distintas clases de ganado. Un grupo de hombres no les dejaron pasar aludiendo que ellos no sabían que el terreno fuese propiedad del ganadero.

Ante semejante situación el padre del joven fue a visitar al agricultor, pero grande fue su sorpresa al comprobar que no quería recibirlo, aunque insistió tuvo que regresar a su casa sin conseguir su objetivo. Aquello le encolerizó tanto que nada más llegar a su finca mandó llamar a su capataz ordenándole preparase a todos los hombres disponibles para dirigirse todos inmediatamente al terreno que había ganado en buena lid y cuyo documento tenía en su poder.

Como si se tratase de una invasión llegaron envueltos en una gran nube ce polvo, componiendo este singular ejército miles y miles de ovejas, corderos y vacas, al cargo de los cuales iban una docena de hombres y varios perros de enorme tamaño. Los hombres del agricultor al ver llegar a semejante contingente de animales abandonaron aquel lugar, pues no les gustó el cariz que estaba temando aquel asunto.

A no encontrar resistencia alguna situaron al ganado en lugares privileciados a fin de que estuviesen seguros junto al pequeño río que atravesaba el terreno. De esta manera podrían defenderse de cualquier ataque o maniobra y, que el ganado no pudiese recibir daño alguno. En dias sucesivos harían empalizadas para proteger mejor al ganado.

Según iban transcurriendo los días la situación se recrudecía, pues "El amo" no dejaba de lanzar contra el ganadero cualquier tipo de acciones. Incluso una mañana aparecieron media docena de ovejas muertas y varias vacas con síntonas de haber sido apaleadas. Los jóvenes no habían vuelto a verse y aquelo daba la impresión de que acabaría mal ya que el padre de la joven había dicho que no dejaría en paz al ganadero hasta verle arrodillado a sus pies, el terreno que le había "robado", según él, le costaría muy caro.

Pero, de pronto, algo vino a dar un giro definitivo a la situación que se encontraban aquellas dos familias. Una madrugada se originó un fuerte incendo en un almacen donde había mucha paja, en la finca del agricultor, de "El amo". Rápidamente se propagó a los sembrados próximos, ya secos, poniendo en peligro la finca donde vivían, pues ésta estaba rodeada de gran cantidad de pinos, así como de los almacenes del grano.

Nada más saber el ganadero la situación reunió un buen grupo de hombres que trabajaban con él, poniéndose al frente de ellos con su hijo. Nada pudieron hacer, pues las llamas se enseñoreaban incluso de las viviendas. Como la joven se encontraba en el interior aún, el joven, poniendo en peligro su vida pudo rescatarla a costa de recibir éste quemaduras y una aparatosa herida en la cabeza al caerle encima una pequeña viga de madera.

Sobre la media mañana pudieron comprobar que el incendio había arrasado todo, dejando al agricultor totalmente arruinado al perder todo lo que poseía. Entonces el ganadero y a instancias de su hijo, prestó toda la ayuda que necesitaron, acogiéndoles en su finca durante el tiempo que necesitaron para construir un edificio nuevo y adquirir todo lo que neces taban para normalizar su vida. La condición que le impuso el ganadero al agricultor fue que entregase a su hija en matrimonio a su hijo en pago de los favores recibidos.

Y aquel "Amo" que un día tuvo grandes riquezas reconoció que ahora era más "Amo" al conseguir la felicidad de su hija y tener un hijo de aquel ganadero ejemplar.

LA INVASIÓN DE LAS RATAS

En los albores del año 1712 vino a ocurrir un hecho muy curioso y alarmante -a-la vez en todo el casco antiguo de Cuenca. Un tipo de roedores de cabeza pequeña, hocico puntiagudo, orejas tiesas y larga cola, irrumpieron de forma multi-tudinaria en alcantarillas, domicilios y campos circundantes a la ciudad: las ratas.

Igualmente se cuenta que en los inicios del siglo XVIII hubo unos años en los cuales abundaron también los conejos hasta tal extremo que la gente los mataba fácilmente saliendo a los montes cercanos. Luego, para que su carne no se estropease, unos la frian y la conservaban dentro de unas vasijas de barro bien cubiertas de aceite, mentras otros la escabechaban. De esta forma dispon an de buena carne para una temporada ya que no había peligro que se echase a perder, pues era una tarea que la hacían con cierta frecuencia.

De pronto se corrió la voz que una epidema estaba acabando con muchos de los conejos, puesto que aparecían muertos en cualquier parte con los ojos tremendamente hinchados. Esto proporciono gran cantidad de carroña y olores nauseabundos, causa por la que se empezaron a ver muchas ratas por múltiples lugares. Su número y su tamaño vinieron a preocupar a los habitantes de la ciudad, ya que se velan en enormes manadas y algunas median unos cuarenta centimetros. Como alimento no les faltaba, aunque se trataba de una clase de roedores muy voraces, se multiplicaban con gran rapidez, dado que son prolíficas y pueden llegar a procrear sesenta crías al año cada una (cinco camadas de doce crías).

Una noche los vecinos de la parte más alta de Cuenca se vieron en la necesidad de cerrar las puertas de sus casas porque procedentes de los basureios que había en las afueras y de las alcantarillas, salíar como impulsadas por un resorte emitiendo unos chillidos que ponían los pelos de punta a la gente. Hasta tal extremo llegaría la afluencia de estos roedores que tuvieron que hacer una especie de antorchas con las que hicieron huir a la mayorla, ya que el fuego las hacía retroceder con rapidez. También utilizaban agua hirviendo la cual la echatan con cubos sobre ellas.



Esta invasión de ratas la estuvieron padeciendo curante todo el verano, viniendo a coincidir con aquella virulenta enfermedad de los conejos. Durante ese tiempo sucedieron hechos diversos e incluso se temió que éstas pudiesen llegar a provocar algún tipo de peste como las muchas ocuridas desde aquella célebre del siglo XVI, la cual originó muchas muertes de personas. Pero gracias a esto no llegó a acontecer en esta ocasión, no obstante sucedieron actos realmente curiosos, a excepción de una acción sangrienta y desagradable. Se trató de que una señora cuando fue de madrugada a dar el pecho a su hija vio como dos o tres de estos roedores enormes habían mordido el brazo y la mano de la misma dejándo-la sanguinolenta en esas partes. La pequeña tuvo que ser atendida urgentemente salvándose de morir tras unos quince días de andar entre la vida y la muerte.

En otra ocasión cuando en pleno otoño tuvieron que ir a sacar ropa de abrigo ce un viejo arcón de madera, se encontraron con la sorpresa de que una camada ce ratas había pasado allí algún tiempo dejando la mayor parte de las prendas en un estado calamitoso, pues estaban agujereadas y carcomidas. Parece ser que se introdujeron por un agujero que tenía el arcón en la parte de atrás, ya que desde la primavera anterior en aquel lugar nunca lo habían abierto para nacia, pues entonces eso era el típico guardarropas.

Otro hecho curioso fue el ocurrido a una familia que mataron un cerdo, cosa normal y corriente en aquella época, y una vez preparados los jamones los colgaron en una de las vigas de una cámara al objeto de que se "curasen". Cual no seria su sorpresa cuando unas semanas después se apercibieron de que unas ratas procedentes de un desván en donde guardaban trastos viejos, se habían comico una buena parte de estos amones.

Pero lo que más llegó a impresionar a toda la gente de aquel barrio alto de la ciudad, especialmente, fue aquello que llegaron a presenciar varias noches. Un buen número de lechuzas y búhos acosaron a estos roedores hasta que lograron matar y devorar a bastantes de ellos. El ulular de unos y los chillidos de los otros hacian que aquel espectáculo ofreciese momentos dantescos al contempar aquella lúcha a muerte sostenida por unos animales que intentaban sobrevivir a costa de otros.

En más de una ocasión se llegaron a ver varios zorros que acudían a partir del anochecer a las cercanías del barrio, puesto que desde esas horas hacían acto de presencia las ratas por los basureros que abundaban en toda aquella zona. Aunque aquellos depredadores unidos a los que aparecían por la noche, jamás consiguieron de forma alguna impedir que estos inmundos roedores infectasen las calles y otros lugares con su presencia. Algunos vecinos hacían hogueras en sus puertas con objeto de evitar verse invadidos por aquellas riadas de ratas y ratores, los cuales provocaron, a veces, verdadero pavor, espanto. Aquel miedo colectivo

hizo posible que la cente no apareciese fuera de su casa a partir del momento en el cual las últimas lucen del día desaparecían.

Ocurrió un hecho lamentable una de aquellas célebres noches, pues un buen número de ratas pasaron al interior de una casa en la que vivía sola una persona mayor. Esta, al ver como corrían de un lado a otro de sus habitaciones comenzó a dar horrorosos gritos al tiempo de intentar subir por la escalera que conducía a la parte superior de la vivienda, con tan mala suerte que perdió el equilibrio a consecuencia del miedo y su estado nervioso, cayendo por dicha escalera y golpeándose en la cabeza. Sangró mucho, pero gracias a la aparición de unos vecinos que le ayudaron pudo salvar su vida.

Esto hizo que las autoridades tomasen cartas en el asunto, prepararon lechadas de cal y echaron por alcantarillados, por los basureros e incluso por algunas calles. Después, por la noche, hicieron fogatas con mejorana, cantueso y tomillo, con ello purificaban también el aire y las llamas asustaban a tan atrevidos roedores, los cuales aún así no dejaban de aparecer todos los días por distintos lugares.

No solamente no dejaron de aparecer por donde venían haciéndolo, sino que comenzaron a divisarse en el mismo río Huécar, llegando gran cantidad a su desembocadura con el Júcar. Desde el mismo Puente de San Antón la gente las veía llegar como en oleadas, saltaban, trepaban por las prillas y nadaban a una velocidad endiablada.

Continuaron las autoridades limpiando los basureros, los volvieron a desinfectar con lechada de cal y fogatas continuas hasta que, poco a poco, vieron con gran alegría que ya no aparecieron por las calles a ninguna nora. Un día, de pronto, dejaron de verse sin que la población se explicase el motivo. Hubo quién aseguró que fue a consecuencia de la aparición de muchos perros por todo el barrio y la ciudad, decisión que tomaron los vecinos, pues parece que eso lo habían hecho en otras ciudades y aseguraban que les había surtido efecto. Así que pidieron a todos sacasen a sus canes a la calle y los dejasen sueltos todo el día, pero sobre todo durante la noche.

Parece ser que en años sucesivos, cuando legaba el verano empezaban a salir de sus escondrijos las temidas ratas trayendo de nuevo el pánico a la población. Dicen que después de unos inviernos que hizo temperaturas bajísimas, mucha nieve y grandes hielos, no volvieron a aparecer de aquella forma masiva. For todo ello se les conoció a aquellos años como los de "la invasión de las ratas"

LA CURANDERA DE LA PUERTA DE VALENCIA

En todos los tiempos y en todos los pueblos ha habido siempre algúr personaje popular, pero del que aqui hablaremos supera con creces una normal popularidad. Me voy a remontar al año 1805 aproximadamente cuando vivía una señora en la Puerta de Valencia que hacía las veces de curandera desde la muerte de su marido en un accidente ocurrido al descargar madera. Vivía en una planta baja con su madre, el resto de la familia, su padre y su esposo, habian fallecido, pues no habían tenido hermanos ni tampoco hijos.

Se la conocia en el barrio y en todo Cuenca con el calificativo de "Baznaera", aunque su verdadero nombre era Tomasa. Curaba cualquier tipo de dolencia a base de plantas medicinales que ella misma recogía en nuestros ricos montes repletos de variada flora medicinal. Su madre le ayudaba a preparar ungüentos, pócimas y brebajes, sinviendose de sus manos, sus plantas y sus rezos para llevar un poco de felicidad a fodas las personas que eran presa de dolor y de sufrimiento, acudiendo a ella con verdadera fe en su curación. Sobre todo sus manos eran una caricia para los enfermos, eran ágiles y expertas en el masaje terapéutico.

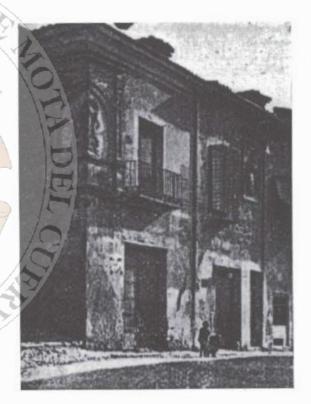
El nombre o apodo de "Baznaera" le vino porque resolvia los problemas de "empachos" o existencia de "aire" en el intestino (especialmente en niños pequeños). Cuando alguien se sentía con gran pesadez en el estómago debido a haber ingerido mucho alimento y crearse un problema digestivo, altamente molesto, solicitaban sus servicios, empleando sus manos, aceite de oliva y alcohol, para calmar las molestias. Esta colocaba al enfermo tumbado boca a riba, le ponía un poco de aceite sobre la tripa y con sus manos mágicas real zaba unos masajes que aliviaban al enfermo. Una vez necho esto le echaba unas gotas de alcohol bruscamente y esta impresión hacía que el intestino "se pusiese a marchar", decía ella siempre.

También curaba "el mal de ojo", y las personas más afectadas parece ser que eran los niños pecueños, pues solían ser llamativos y había gente que se fijaba en ellos con más intensidad. Los síntomas que éstos presentaban era: dolor de cabeza, devolvían mucho y a veces llegaban a quedarse flácidos, como si estuviesen faltos de energía. Lo primero que hacía para saber si estaba acjado o no, era tomar el dedo corazón del enfermo y lo untaba en aceite, lo llevaba sobre un vaso con agua para que la gota que se formase al final cayese sobre dicha agua. Si al caer ésta desaparecía, si se diluía, era señal clara de que estaba aojado. Entonces se santiguaba e iniciaba una oración secreta e inmedatamente sentía como sus ojos le lloraban y se le abría la boca. La oración que rezaba empezaba así: "Entre tres te aojaron, entre tres te han de sanar, e Espíritu Santo y la Santísima Trinidad". Antes de rezar la oración debía decir en voz alta el nombre y apellidos del enfermo. Aseguraban que también efectuaba la curación a distancia, por el sólo hecho de decir el nombre del enfermo a la curandera, ella hacía lo demás. Un remedio para prevenir el mal de ojo era llevar las mujeres en la faltriquera, y si fuesen hombres o niños, llevarían una castaña loca, arrugada o vieja, en cualquier bolsillo.

En aquella época padecía mucha gente de reuma, pues los inviernos eran largos y frios, con grandes nevadas e intensas lluvias, las temperaturas eran muy bajas y la humedad ambiental solía ser muy alta. Empezó a utilizar un remedia que ella misma usaba para su madre, haciéndoles temar todas las mañanas, en ayunas, un ajo crudo, debiéndoselo tragar entero. También era un buen remedio para retardar el proceso de la vejez. Otra receta que daba, y resultaba un remedio muy eficaz, era machacar varios dientes de ajo con zumo de limón y aceite de oliva. Con ese líquido les daba masajes en las zonas afectadas, y en el plazo de dos semanas se recuperaban.

Un año hubo una epidemia de sarna, para lo cual, Tomasa les ponia a sus pacientes hojas de apio mojadas en vinagre y sal, resultando una cura muy buena, haciendola desaparecer, así como los picores. La gente que padiecia afonias o picores en la garganta les mandaba tomar una infusión de zanahoria con un poco de miel, a los pocos días les habían desaparecido todas las molestias.

Como eran tiempos en los cuales la alimentación infantil era problematica dado que una vez que les "retiraban" el pecho de a madre deblan alimentarse a base de sopas, puches caldos y guisos especiales, los niños solían perder el apetito. Para tal circunstancia secaba cortezas de I món al sol y luego con ellas hacía una infusión, como el sabor era agradable los pequeños lo tomaban bien y les estimulaba el apetito. También había niños racuíticos y la mortandad de los mismos hubo un tiempo que preocupó a la gente. Ella les sugería que les diesen tres o cuatro veces por d'a, zumo de limón y yemas de huevo, otro remedio original era ponerles sobre la tripa tortas de bizcocho recaladas en leche.



Eran muy corrientes las hemorroides en aquellas personas que abusaban de comer alimentos picantes o picante en las comidas, y cuando iban a pedirle un remedio, les aconsejaba que cociesen tomates y luego con grasa de cerdo hiciesen un ungüento el cual debía aplicarse en la parte dolorida.

La pureza de las aguas dio origen a que la mayoría de la gente mayor tuviese problemas en su dentadura, causa por la que llegaban a pedirle algún remedio eficaz contra el dolor de muelas. Esta les hacía una infusión de azafrán, lo ponía en alcohol y una vez ben mezclado, les echaba una o dos gotas sobre el diente o muela dolorida.

También recurrían a ella los pastores cuando una oveja tenía un "pinchazo" en el ojo y se le quedaba blanco, a ese hecho los mismos pastores le llamaban "una nube en el ojo". Tomasa le hacía un corte en la oreja para hacerie sangrar y con aquella sangre le echaba unas gotas en el ojo lastimado, pásados unos días la oveja tenía el ojo normal.

Como consecuencia de la muerte de varias personas de colitis, se temió que fuese un síntoma de epidemia de cólera y como previniendo lo que pudiese ocurrir, Tomasa recomendó a los del barrio que desinfectasen las habitaciones de sus casas cociendo mastrarzos y luego echasen el líquido por paredes y suelo, ya que al mismo tiempo eliminaban toda clase de insectos. Y todos los que tenían diarrea les recetó que hiciesen una infusión de manzana troceada, le pusiesen zumo de limón y agua caliente, debiendo tomar tres tazas al día.

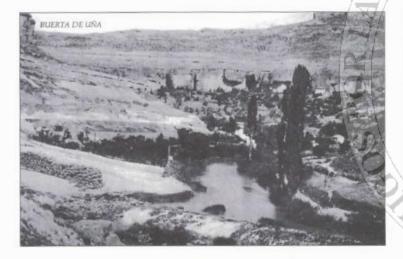
Er cierta ocasión fue a verla una señora con uno de sus hijos, el cual tenía la solitaria, recomendándole hicese una infusión de cortezas de limón y le diese una taza tres veces al día, pero no debiendo comer nada el primer día. Y para ella, que estaba embarazada y tenía muchos trastornos, le ordenó se hicese una infusión de "melisa", teniendo que tornarse cuatro tazas al día.

Para los que padecían estreñimiento les preparaba un trozo de pan con aceite y ajo picado. Y aquellos que tenían mucho sarro les hacía se enjuagasen la boca con zumo de limón, pues éste hacía disolver el sarro.

Cuando le preguntaban que por qué confiaba tanto en las plantas decia que la naturaleza jamás traicionaba a nadie y que la mayoría de las veces en nuestro mismo jardín, en los campos que paseábamos todos los días, en esos cardos que nos resultan tan molestos o en esas florecillas multicolores que pueblan nuestras tierras de cultivo o salvajes, encontramos siempre a nuestras

grandes amigas que vienen a ser siempre nuestro consuelo y nuestra curación. Por lo que siempre recomendaba, tanto a pequeños como a mayores, tuxiésemos mucho cuidado en maltratar a cualquiera de las plantas que tengamos a nuestro alcance.

Tomasa fue una de esas grandes mujeres que dedicó su vida a . hacer el bien a los demás. Y aunque la vida la maltrató, siempre tuvo remedios para todos aquellos que recurrieron y se confiaron a ella. Sus manos y sus recetas caseras calmaron muchos dolores e hicieron felices a mucha gente. Su puerta siempre estuvo abierta y su mente despierta para aplicar la terapia adecuada a sus enfermos. Su nombre y su maravillosa tarea se recordó, no sólo en Cuenca, sino también en todos los pueblos de su comarca.



LOS MONSTRUOS DE LA LAGUNA DE UÑA

La laguna de Uña, ese hermoso embalse natural al pie de la Ciudad Encantada, ha presentado siempre un bello aspecto, cuya extensión supera las dos hectáreas, con una profundidad de unos doce metros aproximadamente. Parece ser que en ella existía una isla flotante formada por césped, contándose cosas que han pasado a eyenda a lo largo de los años, aunque todavía hay gente que se acuerda de haber oido a sus mayores contarles la existencia de unos monstruos que aseguradan habían aparecido a finales del siglo XIX en dicha laguna. Cuando llegaba el invierno se sumergía la isla y cuando se acercaba el verano aparecia de nuevo, precisamente en esa estación fue cuando ocurrieron los hechos que aquí se narran.

Una farde dos hermanos, de 16 y 14 años respectivamente, se fueron a tomar un baño a la laguna, era uno de esos días calurosos de los veranos típicos conquenses en el que se superapan fácilmente los cuarenta grados. Tal era el calor que hacía por aquí que un refrán muy significativo definía al respecto las temperaturas, anuales ciciendo: "El año se compone de nueve meses de invierno y tres de infierno".

Como era muy pronto se tumbaron sobre la fresca hierba en una de las orillas, pues habían terminado de comer y querían reposar ésta para luego más tarde refrescarse en sus transparentes y templadas aguas, ya que se tenian que incorporar a su trabajo, una vez pasase aquella "calima".

Tal era el silencio reinante, sólo roto por el cantico acompasado de las chicharras y la placidez del lugar que, ambos se quedaron amodorrados hasta que unos ruidos bruscos los despertaron, pues les pareció que eran unos roncos silbidos que procedían de unos juncales próximos al lugar donde se encontraban. Se levantaron ambos y se dirigieron al lugar de donde parecían salir, pero de pronto se quedaron como paralizados sin que ninguno llegase a pronunciar ni una sola palabra, ya que aquello que pudieron contemplar les había dejado como clavados en el suelo. No obstante dieron un salto hacia atrás y empezaron a correr con todas sus fuerzas en dirección al pueblo que estaba a unos quinientos metros Al llegar a su casa despertaron con sus gritos a sus padres que dormían la siesta sobre una rustica manta en el patio bajo la sombra de un enorme nogal. Éstos, alarmados ante los fuertes y continuados gritos les pidieron que les explicasen el motivo de los mismos y que se calmasen, no era la hora más idónea para aquel griterio. Los jóvenes, con voz entrecortada y no exenta ce miedo, les dijeron que habían visto unos monstruos con figura de serpiente o de un alargado lagarto, cuyos ojos eran tan grandes como platos, emitiendo por su boca largos y penetrantes silbidos.

Inmediatamente fueron acompañados por su padres provistos de una enorme horca y una buena garrota de madera. Cuando llegaron al lugar indicado por sus hijos no vieron nada anormal sólo se apreciaba que las hiérbas crecidas que alli había estaban como aplastadas y algunas cortadas. Revisaron todo el lugar y no encontraron más señales que les pudiese indicar algo anormal. Buscaron por sus alrededores y nada pudieron ver, por lo que regresaron a su casa pensando que podría ser una pesada broma de sus hijos.

Pero no habían transcurrido muchos días de aquel suceso que alborotó a la gente del pueblo, vino a ocurrir otro suceso que puso en guardia a los habitantes del lugar. Resulta que cuando iba a trabajar un labrador muy de mañana, bordeando la laguna, se detuvo para dar de beber a las dos mulas que llevaba. Mientras los animales aplacaban su sed, el labrador llenaba una especie de tonelete de agua fresca a fin de prevenirse del calor que ya a esas horas daba señales de que ser a alto a lo largo del día.

En el mismo momento de levantar el tonel, una vez lleno, oyó no muy lejos de donde se encontraban las mulas un ruido sordo como si algo muy pesado se arrastrase, giró la cabeza y pudo ver como un lagarto enorme se acercada a los dos animales. Estos al verlo se espantaron y salieron corriendo por el estrecho camino que rodeata, en parte, a la laguna. A su vez, el labrador, que había dejado caer el tonel, inició una veloz carrera por el mismo camino que momentos antes lo habían hecho las mulas.

Cuando este labrador contó a la gente lo que le había ocurrido les impresionó, por lo que un grupo de vecinos decidieron montar una especie de guardia que vigilase constantemente la laguna desde la salida hasta la puesta del sol. Como siempre ocurre en estos casos, se empezaron a oír todo tipo de comentarios, llegando algunos, incluso, a dudar de que lo de decían fuese verdad. Hubo quién le preocupaba aquellas acciones, pero en cambio otros dijeron que lo ocurrido en ambas ocasiones era pura fantasía o se trataba de algún tipo de alucinación, ya que la vigilancia a que fue sometida la laguna no encontró nada de lo comentado.

A la semana siguiente de que aquel grupo de vecinos dejase su vigilancia, una de las esposas de uno de ellos fue a coger comida para los conejos a un nuerto de su propiedad cue tenían muy cerca del pueblo. Esta tarea la hacia de cuando en cuando, pues la colocaba en un saquillo para transportarla, pues necesitaba disponer de al mentos para una veintera de conejos que criaba en unas jaulas de madera que tenía en el corral de su casa.

Al regresar al pueblo cargada con el saco de comida sobre uno de sus homaros, lo hizo por una senda que pasaba muy cerca de la laguna durante un buen trecho. Prevenida por los hechos que decían haber sucedido en la laguna, vería andando con la cabeza baja y así no perdía la orilla de dicho embalse de agua, pues podían aparecer "bichos raros", ya que ella era una de las pocas personas que se habían creído lo que otros habían visto en dos ocasiones.

Cuando estaba a punto de separarse de la ser da pudo percibir un aleteo muy fuerte sobre su cabeza, cosa que no sólo le sorprendió sino que la puso muy nerviosa, dejando caer el saco de la comida al suelo. Miró hacia arriba y vio un gran pájaro de grandes alas que sobrevoló la laguna muy bajo, volviendo a pasar en su dirección. Al ver esto se tiró al suelo pasando sobre ella el "pajarraco" yendo éste a caer sobre las aguas de la laguna, desapareciendo rápidamente bajo las mismas.

Con su rostro descompuesto y acosada por su estado de nervios se levanto como pudo olvidandose del saco de la comida, echando a correr hacia su casa dando grandes gritos alarmantes. Varias vecinas que la oyeron salieron a su encuentro llevandose el consiguiente susto al verla llegar con el rostro rojo y blanco a la vez, estaba asustadísima. Al verse a la altura de ellas se abrazó a una perdiendo el conocimiento en ese momento de verse abrazada. La dearon sentada sobre el suelo y poco a poco fue reanimándose. Ya tranquila les explicó lo que le había sucedido y lo que había visto con sus ojos, le parecía increible.

Viendo la gente el nuevo suceso se reunieron un buen número de personas y comentaron toda esa serie de hechos que venían ocurriendo a distintas personas. Por lo que decidieron volver a poner vigilarcia a fin de ver de una vez si lo que estaba ocurriendo era verdad o no, pues siempre ocurría a personas en el momento de encontrarse a solas, a excepción de lo acontecido a los dos hermanos; pero a éstos no se les había dado mucho crédito porque siempre estaban contando cosas o historias fantásticas.

Esta vez se le estaba dando más credibilidad a lo ocurrido, aunque nadie se explicaba que al ser un pájaro pudiese sumergirse en las aguas de la laguna. Por tal motivo compusieron cinco parejas de hombres, los cuales estaban turnándose con objeto de que fuesen vigiladas las aguas durante todo el día sin perder de vista las orillas con la misma intensidad, pero nada consiguieron de nuevo. Así que volvieron a aparecer los comentarios y las dudas entre la gente.

Transcurrieron los meses de verano y nada anormal volvió a ocurrir, causa por la que los vecinos del pueblo, no todos, iban olvidándose de los hechos pasados. No obstante una de las parejas de hombres que hacían una inspección de vez en cuando alrededor de la laguna, una tarde encontraron unas pisadas grandes en una especie de playa que había en la parte norte, aunque pensaron que podían ser pisadas de ellos mismos desfiguradas cuando subja el nivel de las aguas de la laguna y luego bajaban. Aquello les confundio una vez más y comenzaron los dimes y diretes que enturbiaron las cosas nuevamente.

Pero una tarde a finales de septiembre una pareja de novios que solla verse al anochecer junto a una chopera situada junto a la laguna, aseguró haber visto una figura parecida a un gorila que paseaba por aquella playita donde habían aparecido huellas. Ellos estaban sentados sobre unos troncos y como el silencio era sepulcral percibieron rudos de pisadas. Ante tal circunstancia se escondieron tras el montón de troncos allí apilados y vieron aquella figura dirigirse hacia e interior de la laguna y al poco la perdieron de vista. Aunque decian que al haber poca visibilidad no vieron con nitidez al animal que se figuraban podía ser.

Y aunque esto lo contaron tal como había ocurrido, según ellos, nadie se lo creyó, pues de una pareja de novios que se ven a escondidas se pueder esperar cualquier tipo de alucinaciones o fantasías. ¿Sería cierto todo lo que se contaba de la célebre laguna? ¿Podían ser alucinaciones o fantasías? Lo que si fue cierto es que esos hechos pasaron de generación en generación y vinieron a hacer de aquella hermosa y placida laguna una especie de mito que persistió por los años.

LAS LECHUZAS DE LA CATEDRAL

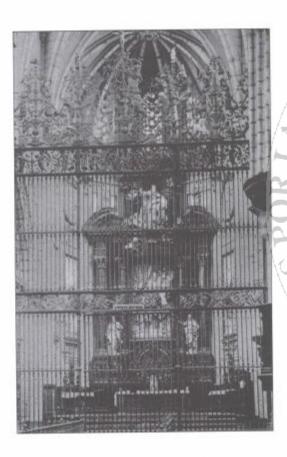
No han transcurrico aún dos siglos cuando las oquedades de la Catedral de Cuenca servian de cobijo o habitáculo a una rapaz nocturna, de cabeza redonda, parte ventral de su cuerpo de un color blanco intenso, de pico co to y encorvado en la punta: la lechuza.

Cuentar infinidad de casos que ocurrieron en aquella época, muy propicia para la fantasia, superstición y creencias en vanos presagios, que realmente eran producidos por acontecimientos fortuitos o simplemente por mera casualidad.

Algunos vecinos de aquel barrio de la Plaza Mayor al oir el peculiar canto de estas rapaces se les ponían los pelos de punta y se pasaban muchas noches sin dormir, ya que casi siempre que esto ocurria venía aconteciendo algún hecho triste. Eran tiempos en los que la superstición estaba a la orden del día y lo peor del caso es que comenzaron a suceder una serie de muertes y algún que otro accidente, por lo que la gente empezó a sentir miedo y en muchos momentos pánico.

Además era curioso que todas las noches que se oía el fuerte ulular de las lechuzas en distintos lugares a la vez, todos los vecinos cerraban sus ventaras y puertas, puesto que era señal inequívoca de una noche movida y de permanecer expectantes ante lo que pudiese suceder.

Un día, cuando el barrio descansaba, pues serían las doce de la noche, de los tejados de la catedral salían unos alaridos lastimeros procedentes de un nutrido grupo de lechuzas. Hubo gente que se acercó hasta la misma catedral, pues nunca habían oído un ruido semejante, su ulular era llamativo. Uno de los allí presentes dijo: "Mi abuela decía que cuando "cantaba" una lechuza había que santiguarse, pues son bichos que anuncian malos presagios y esta noche son bastantes las que lo hacen, esto no me gusta nada, así que me voy a mi casa ahora mismo". Como ya era tarde se separaron y de manera silenciosa se retiraron todos a sus casas pensando lo que había comentado el vecino.



Al día siguiente y muy de mañana, una noticia recorrió el barrio, pues un niño de pecho había muerto de madrugada mientras su madre lo amamantaba, sin saber como, ya que se le quedó muerto entre sus brazos, dando la impresión como si durmiese. Hubo alguien que comentó que su muerte era consecuencia de la dentición, dado que algunos niños morian en el tiempo durante el cual aparecían los dientes. Hubo gente que no lo creyó así y recordaban el continuo ulular de las lechuzas sobre las torres y tejados de la catedral la noche anterior, puesto que aquel acontecimiento erizó los nervios a los más supersticiosos, asociando dicha muerte al cántico de aquellas rapaces de aspecto brujeril y misterioso.

Al cabo de unas semanas se volvió a escuchar perfectamente el típico cantico de las lechuzas, pero esta vez se percibieron también por varios tejados próximos a la catedral. Desde el primer momento en que se oyeron los primeros, la gente de aquel parrio se santiguó varias veces, pues se temian que aquella noche volviese a suceder algún hecho desagradable.

Serían las tres de la madrugada cuando se oyeron carreras de gente que iba de un lado a otro hasta que alguien gritó "¡Fuego!, hay fuego en una casa al otro lado de la catedral". Rápidamente comenzó a llegar gente a ayudar, pero aún y así, en poco más de cuatro horas, aunque intentaron apagar el incendio que se había provocado en aquella casa que vivían dos señoras mayores, todo fue imposible, inútil, ya que el fuego tomó cuerpo y aquella casa de dos plantas quedo completamente incinerada, pues su estructura principal era de madera ya muy pasada.

Gracias que entre sels hombres pudieron sacar a sus dos inquillnas, las cuales estuvieron muy cerca de morir carbonizadas. Perdieron todas sus pertenencias, incluida la ropa, solo salvaron de las llamas del voraz incendio la ropa de noche que llevaban puesta, además de dos mantas con las que pudieron taparlas.

Todo el barrio vivió una noche preocupanta ya que se temía que el ir cendio se propagase a otros edificios contiguos, también en malas condiciones y su abundante madera casi carcomida terminase por prenderse. Pero la celeridad de la gente echando cubos de agua impidieron que aquello se hubiese convertido en un verdadero desastre.

Durante muchos días se oyeron diferentes versiones del fuego, pero la mayoría coincidían en una misma cosa: la culpa era de las lechuzas de la catedral que se habían trasladado a los tejados de las edificaciones más cercanas y una de ellas había sido la casa que fue presa de las llamas.

No habían transcurrido aún cuarenta y ocho horas del terrible incendio cuando se volvía a oír el triste y macabro ulular de las lechuzas, detalle que puso en tensión y alerta a todos los vecinos, pues era muy reciente el suceso del fuego. Se reunió un gran grupo de hombres junto al pilón de agua que había frente a la catedral cor objeto de pasarse toda la noche vigilando, a fin de estar preparados para cualquier anomalía o contingencia que pudiese ocurrir. Pero fueron pasando las horas y nada llegó a perturbar el silencio sepulcral que se percibía en cualquier lugar del barrio. Al fin transcurrió la noche y ya cuando los primeros rayos del sol estaban a punto de iluminar la ciudad, todos aquellos que habían permanecido en continua alerta, cansados y preocupados a la vez, se retiraron a sus casassin que nada hubiese sucedido. ¿Contentos? ¿decepcionados? ¿preocupados?, el tiempo lo diría.

Varias noches más tarde las rapaces pusieron los pelos de punta a propios y extraños, pero nada llegó a ocurrir, motivo por el cual muchos pensaron que todo había sido puramente casual. Pero unos cías después volvieron a or los "cánticos" de varias lechuzas, quizá el día que menos se oyó, pasando por ello casi desapercibido para la mayoría. Durante esa noche nada ocurrió, pero en pleno día, allá sobre las once de la mañana, una señora ya madura se lanzó desde el Puente de San Pablo causándose la muerte. La noticia volvió a levantar toda clase de comentarios en el barrio y en la ciudad, casi todos recordaban el ulular de las lechuzas de la catedral, sólo ellas eran las protagonistas del suceso.

Fue pasando el tiempo y vinieron ocurriendo sucesos lamentables, todos ellos iban asociados al mal hacer de las lechuzas de la catedral. Transcurrían los años y siempre había sucesos fortuitos los cuales siempre iban relacionados con el "cántico" de las lechuzas.

Pero llegaron unos días de estos últimos años ya citados que se presenciaron casos realmente dramáticos, lo que hizo que cundiese el pánico en todo el
barrio y en la ciudad. El primero de ellos fue cuando unos ladrones pasaron a
robar a una casa que vivían un matrimonio ya mayor y una hija en la Plaza de
San Nicolás. Serían las siete de la mañana cuando tres delincuentes se introdujeron silenciosamente en dicha casa por una puerta trasera que estaba entornada ante la salida de una sirvienta que tenían para atenderles. Aprovecharon
la ocasión y sorprendieron al matrimonio y a su hija en la cama exigiéndo les la
entrega del dinero que tuviesen, ya que se comentaba tenían monedas de oro

bien guardadas. Una vez que se apoderaron de lo que buscaban se dispusieron a salir por el mismo sitio que entraron en el preciso momento que la sirvienta regresaba. Ésta se asustó y comenzó a dar gritos lo que originó recibiese un golpe en la cabeza que la hizo caer al suelo. Este momento fue aprovechado por los tres ladrones y desaparecieron rápidamente en dirección a la bajada de las Angustias.

Ante los gritos lanzados por la sirvienta unos vecinos que la oyeron acudieron en su auxilio y se encontraron a esta aún en el suelo con una herida en la cabeza de la que sangraba. En el interior vieron como el matrimonio mayor y su hija estaban encerrados en uno de los dormitorios en un estado de nervios desesperante, hablaban de manera entrecortada y sollozaban, pues les habían robado las monedas de oro y dinero que guardaban en un arcón de su casa.

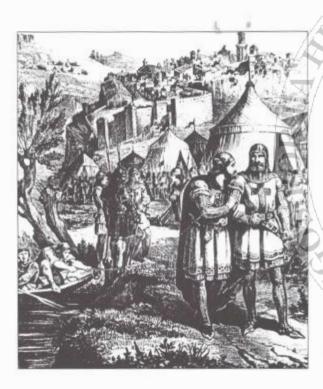
Ese mismo día, sobre las cuatro de la tarce, descendía un carro con el producto de sus huertas por la zona del Castillo, cuando dos perros enormes ladraron al asno que traba del carro al que espantaron, de tal manera que hizo volcase con sus ocupantes los cuales quedaron malheridos y las mercancias casi destrozadas.

Unas noches después las lechuzas volvieror a emitir su tipico ulular, pero con más intensidad que otras veces, incluso decían que llegaron a sobrevolar los tejados circundantes con el consiguiente revoloteo de un lado para otro.

Al día siguiente, por la mañana, apareció muerto un señor en su casa de la manera más extraña, pues cuando su esposa se levantó a preparar el desayuno se encontraba bien y al regresar a la habitación se lo encontró muerto. Su mujer llego a comentar que aquella noche le había dicho su esposo, cuando cyó el canto de las jechuzas que, cualquier día se lo llevarian a él.

También otra noche, aquellas rapaces de la noche, dieron muerte a casi todas las palomas que hábía en uno de los palomares de la catedral, apareciendo la mayorla casi destrozadas como si hubiese sido obra de enormes aves de rapiña y no de pequeñas lechuzas.

Esta diversidad de hechos calamitosos y a veces sádicos se fueron sucediendo a lo largo de muchos años, cuyos comentarios fueron pasando de pacres a hijos y ahí está la leyenda de "Las lechuzas de la Catedral".



LOS SUEÑOS DE UN REY EN CUENCA

Cuenta la historia que a lo largo del siglo XII, los cristianos llegar en sus correrías hasta las mismas murallas de Cuenca, sin posibilidades, en principio de apoderarse de ella, ya que su entonces inexpugnabilidad y la idea no muy clara de su conquista hace retroceder ésta hasta finales de dicho siglo. Pero cuando el joven monarca Alfonso VIII decide ir a su conquista nos encontramos ya en el ano 1177. Estaba convencido, y aunque se considerase ciudad inexpugnable, que podría hacerlo, por lo que hizo el firme propósito de conseguirla poniendole un ferreo cerca con la esperanza de rendirla inmediatamente. Fara ello cuenta con el inestmable apoyo del Alfonso II de Aragón, la recién lundada Orden Militar de Santiago y de los Templarios.

El rey Alfonso VIII pone cerco a la ciudad colocando a su ejército de tal manera que nadie pueda entrar ni salir de ella sin ser controlado por él. Y cuenta la historia que aquella primera noche que el rey durmió en Cuenca tuvo, en sus suenos, una revelación en la que se le indicata que en una oquedad que había un poco más abajo del puente musulmán, los primitivos cristianos habían escondido una imagen de la Virgen. Solo sería preciso efectuar unas excavaciones no muy profundas y rápidamente hallarían la imagen de aquella Virgen. Dio orden para que un grupo de soldados buscasen en el lugar sonado encontrando una preciosa talla de la que sería después denominada Virgen de la Luz, ordenando construr una ermita para recordar el suceso muy cerca de donde fue encontrada.

En esos bonitos sueños parece que la V rgen había pedido al rey que iniciase la reconquista de la ciudad, pues ella estaría de su parte prestándole una importante ayuda para que rompiese aquel cerco de rocas. De tal manera que Alfonso VIII tomó la decisión de rodear Cuenca distribuyendo sus fuerzas estratégicamente. Para ello le pone sitio el día 6 de enero de 1177, festividad de los Reyes Magos, con la certeza que en poco tiempo caería en su pode: aquella hermosa ciudad tan importante ubicada originariamente en un escarpado farallón rocoso perfectamente rodeado por los ríos Júcar y Huécar. Decide amontonar hombres y material de guerra aprovechando aquellos días de inmenso frío y hielo, puesto que los árabes se habían visto obligados a atrincherarse al no estar acostumbrados a aquellas bajas temperaturas.

El campamento principal lo mandó instalar en el llamado Campo de San Francisco, donde hoy se encuentra emplazada la Parroquia de San Esteban y la Diputación Provincial. Ordena situar a sus fuerzas de tal manera que no puedan recibir ayuda del exterior ni ninguna clase de viveres, el hambre podría ser su gran aliado ante tan dificil empresa. Se montan guardias a corta distancia a fin de que no puedan ser sorprendidos, permitiendo sólo la salida de los retanos de los cristianos que vivían en el interior de la ciudad. De varios rebanos que salieron sólo permitieron regresase uno de ellos, ya que no querían sirviesen las ovejas de los mismos de avituallamiento al enemigo que dominaba y ocupaba la ciudad.

Como permitían los cristianos que algunos rebaños de ovejás pastasen en el espacio del actual Fecreo Peral y la Puerta de San Juan (entonces Puerta de Aljaraz), fue motivo por el cual un dia cuando un grupo de solciados cristianos vigilaban aquella parte del río divisaron como unos asnos y ovejas remontaban el terreno y desaparecian poco después. Con toda rapidez fueron en su busca, pero cuando llegaron al lugar por donde habían desaparecido observaron que había un fuerte portón de madera herméticamente cerrado, por lo que decidieron regresar al campamento y contar a su rey lo que habían visto.

Enterado el rey decide que un grupo de hombres expertos estudie el ugar durante algunos días controlando todo lo que por allí ocurra a cada momento. Así se hizo y al cabo de cinco días el monarca estuvo al corriente de lo que venía ocurriendo en esa zona cada minuto desde la salida del sol hasta el ocaso, incluso a lo largo de toda la noche. Sin perdida de tiempo manda a sus mejores hombres con la misión de coger a un pastor cristiano que pase diariamente por aquella puerta y les explique que deben hacer para pasar por aquel portón y tomar la ciudad. El rey presentía que hallarían la fórmula, pues tenía plena confianza de lo que la Virgen le prometió en sus sueños.

Cuando varios pastores regresaban a la ciudad con las ovejas fueron sorprendidos sin que los vigilantes de las almenas se diesen cuenta del hecho y en la refriega matan a dos de ellos. Cuando se acercaron al tercero se puso de rodillas gritando que era cristiano y que había recibido un mensaje de la Virgen para ayudarles a entrar en la ciudad. Les indicó que les ayudaría a pasar mezclados entre las ovejas y pasarian la vigilancia del encargado de su custodia por tratarse de un hombre ciego. Con la mayor rapidez fue informado el rey mandando suficientes hombres para que esa misma noche la soldadesca se apoderase de la ciudad. Se hizo tal como había dicho el pastor, puesto que él se encargó de distraer al ciego, mientras hablaban iba tocando éste las ovejas y no se percató de la hábil entrada que hicieron un buen número de soldados cristianos, ya que se cubrieron con pieles de ovejas que mataron. Una vez dentro se lanzaron sobre los centinelas a los que mataron sin apenas darse cuenta de lo ocurrido. A una señal irrumpieron los soldados que esperaban junto al río y poco a poco pasó parte del ejército, inidándose combates a lo largo de toda la noche. Cuando al día siguiente el sol inundaba con sus rayos la ciudad ya no era árabe sino cristiana. Era el día 21 de septiembre, festividad de San Mateo, cuando el rey Alfonso VIII recibía las llaves de aquella ciudad llamada Cuenca y que había sido calificada de inexpugnable.

Como había prometido aquel joven rey dio inmediatamente la orden de comenzar la ermita, puesto que se habían hecho ya las zanjas y elegido la piedra que se utilizaria. En poco tiempo se levantó siendo bautizada con el nombre de Santuario de la Virgen de la Luz, debido a que un pastor cristiano había visto una luz cuando pasaba una noche por el puente y al acercarse vio a la Virgen con un candil en la mano. También se ha conocido este Santuario con el nombre de la Virgen del Puente.

Se cuenta que allá por el año 1345 unos frailes llamados "Antoreros" fundaron una especie de convento-hospital en el cual se curaban aquella serie de enfermedades terriblemente peligrosas de la Edad Media, destacando entre todas ellas, el "Fuego Sacro", que algo más tarde recibiría el nombre de "mal francés". Esta congregación hospitallaria de frailes hizo mucho bien a los enfermos, tenjan a San Antón como patrono, y precisamente a esta circunstancia se debe esta duplicidad de nombre referido a esta parroquia denominada Virgen de la Luz y Sán Anton o Abad (San Antón).

Las apariciones de la Virgen fueron varias a lo largo de los nueve meses de asedio, motivo por el cual el rey vigiló muy de cerca el levantamiento de aquella ermita cuya construcción primitiva en el siglo XIII ha ido desapareciendo en el transcurso del tiempo debido a las reformas efectuadas, pues la referida Parroquia es de estilo barroco, quedando aún su portada plateresca.

No sólo en los nueve meses que duró el asedio de Cuenca el rey Alfonso VIII prefirió a nuestra ciudad por otras, sino que su predilección llegó al extremo de tomarla por residencia adoptando a sus ciudadanos como su pueblo predilecto. Su corte realmente itinerante en Cuenca fue por diez años con objeto de poblarla, de tal manera que aquí naciese su hijo el Infante don Fernando, el 29 de noviembre de 1189. Le otorgó el Fuero, considerado como una pieza de capital importancia en la historia cel Derecho Español. Cuales serían los privilegios y exenciones que otorgaba a sus habitantes que se hizo famoso el dicho: "Di que eres de Cuenca y entrarás de balde".

A la Virgen del candil, Virgen de la Luz o Virgen del Puente, se le atribuyen muchos milagros y curaciones de enfermos graves que llegaban al convento-hospital con la esperanza de su curación. Se cuenta que un día allá por el siglo XVI llevaban a ajusticiar a un reo, al parecer acusado de ladrón. Como el reo no cesaba de gritar su inocencia pidió que al menos lo dejasen postrarse a los piesde la Virgen a fin de ofrecer e su sacrificio. Concedido lo que solicitaba y en el preciso momento de cruzar la fachada de la iglesia, éste cayó fulminado por un rayo, tomándose esto como prueba de su inocencia.

Se le atribuye a la Virgen negra, como llegó a llamarse, múltiples apariciones a pastores, pero de manera especial al gran rey Alfonso VIII en una serie de sueños con objeto de aconsejarle la conquista de la Conca/árabe. Para ello, dice la historia, le puso en su camino aquel pastor a quien la Senora había pedido iluminase a los soldados cristianos en la difícil tarea de rescatar a los árabes una ciudad que había sido siempre portadora de la cruz.

JABALÍES EN LA HOZ

En las últimas décadas del siglo XIX, en el espacio comprendido entre el pueblo llamado Palomera y la ciudad de Cuenca, conocido como Hoz del Huécar, la abundancia de jabalíes dio origen a una de las muchas leyendas que han ido pasando de generación en generación hasta nuestros días y poca cente ha llegado a conocer.

Se comentaba en aquella época que por toda la hoz transitaba un gran número de jaballes de todos los tamaños y todos los pesos, desde el jabato y rayones recién nacidos hasta el verraco de obscientos kilos de peso. Dos eran los motivos del por que de aquella abundancia: la existencia de buena comida para ellos y sus crías, y la escasez de sus depredadores más directos, como las grandes águilas, los linces y los lobos. Se pasaban todo el año en los montes próximos y en algunas temporadas solían bajar a la hoz para alimentarse, pues había terrenos de cultivo y agua abundante.

Ocurrió un año que hubo grandes nevadas durante el otoño, por lo que un buen número de japalles vinieron a establecerse en la hoz o muy próx mos, ya que la nieve helada privó de comida a los animales que habitaban en los montes y esto era muy peligroso para ellos. Este detalle no pasó desapercibido para los huertanos y agricultores que ocupaban los hocinos y casas de campo esparcidas a lo largo de la hoz. Entre ellos comentaban sobre los destrozos originados por estos paquidermos salvajes en algunas huertas, ya que se podía ver el rastro inequívoco de sus pezuñas. Incluso uno de los huertanos descubrió a ur verraco encamado, el cual al anochecer abandonaba la pequeña depresión del terreno en que se encontraba oculto entre múltiples hojas e infinidad de ramas de árbol secas.

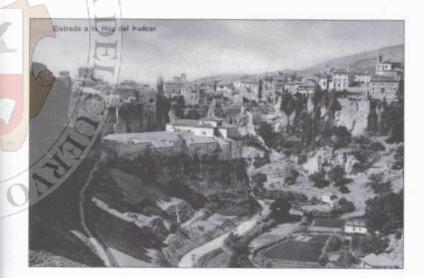
Durante todo el otoño y el invierno varias piaras de jaballes llevaron a cabo grandes deterioros en todo tipo de terrenos de cultivos y huertas. Este fue el motivo por el cual un grupo de agricultores y huertanos determinaron salir a la caza de estos mamíferos, pues de lo contrario llegarían a arrasar aquel

luga: Iban bien acompañados de varios perros pastores, los cuales llegaron acor alar a tres enormes verracos en una parte hundida del terreno en donde, aunque se defendieron embistiendo con sus llamativos dientes caninos, cayeron abatidos por los disparos de sus perseguidores, quienes los pasearon por toda la hoz como si de grandes trofeos se tratase.

Como los jabalies continuaban haciendo de las suyas decidieron rastrear la zona, dado que si se habituaban a permanecer alli tendrían muchos problemas todos los años. No muy lejos del río, en una depresión del terreno hecha por ellos mismos, la cual estaba totalmente cubierta de vegetación, encontraron una camada con diez rayones, pues así llamaban a las crías, las quales no tendrían más de diez días. Pero cuando se hallaban sorprendidos ante semejante espectáculo, de repente apareció la madre y un tremendo verraco embistiendo con sus temibles colmillos a los allí presentes. Tal fue la impresión recibida que, todos ellos emprendieron una veloz carrera ante aquella actitud ofensiva de la pareja de jabalies. Cuando al día siguiente volvieron al mismo lugar acompañados de varios perros, comprobaron que habían desaparecido todos de su escondrijo, incluidos los rayones, sin dejar rastro claro de la dirección que tomaron.

No habían transcurrido aún veinte días del descubrimiento de aquella camada, cuando una tarde, se hallaban jugando por una de las huertas tres niñas y dos niños de edades entre doce y catorce años. Correteaba de un lado a otro entre gritos y risotadas, pues las jovencitas llevaban unas cuerdas con las que intentaban apresar a los dos jóvenes. No se percataron que junto a ellos estaban, en un pequeño socavón del terreno ocasionado por un escape de agua de la huerta y que ahora estaba seco, aquella célebre piara de rayones que aún no se hallaban destetados. Sólo se dieron cuenta cuando hicieron acto de presencia los padres, dos grandes y agresivos jaballes que sin dudarlo arremetieron contra los cinco jovencitos, los cuales temerosos de que pudiesen ser acuchillados por aquellos tremendos dientes caninos que enarbolaban, no tuvieron otro recurso sino trepar a unas higueras próximas. Tal era la ferocidad de estos animales que no les dejaban descender de los lugares donde se encontraban por lo que comenzaron a dar enormes gritos pidiendo ayuda.

Gracias a unos huertanos que oyeron los gritos de auxilio, los cuales se acercaron con un perro grande, pudieron ahuyentar a los enardecidos mamíferos levándose con ellos aquel grupo de pequeños jabalíes.



Había transcurrido una semana y uno de los huertanos que tenía un patatal muy bien cuidado y otra sene de cultivos a punto de recoger, cuando una mañana el gran destrozo de que fue objeto su propiedad. Aquella situación estaba resultando insostenible y había necesidad de buscar alguna solución, pues as manadas de jabalíes arrasaban uno a uno todos los cultivos de la hoz. Se volvieron a reunir el grupo de huertanos y agricultores para ver qué solución deberían buscar a tan constanta ataque de aquellos cerdos salvajes, decidiendo adquirir unos cepos de gran tamaño, con objeto de acapar con aquella legión de verracos, jabatos y rayones que trituraban sus cosechas.

Cuando mataban alguno, aparte de la alegría que se llevaban, obtenianuna carne muy apreciada si el jabalí no sobrepasaba un año de vida. Va que la si era un verraco no aprovechaban casi nada, pero esto les animaba a seguir luchando.

Comprados los cepos, se pasaron un par de días situándolos en lugares estratégicos, pues ya conocían cuales eran los sitios preferidos. El primer día pensaban capturar varios de estos dañinos animales, pero su sorpresa fue grande cuando al revisar las trampas tendidas, ninguna de ellas presentaba señales claras de haber mordido el cebo que habían puesto. Hasta dos días después no mordieron el anzuelo, en tres de ellos habían atrapado un jabato en cada uno, pero el cuarto debió llevárse o, quizá se trataba de un verraco grande y pudo arrastrarlo. Al llevar a cabo un rastreo descubrieron como un enorme jabalí se encontraba con medio cuerpo dentro del río y el cepo agarrado a su cabeza. Había perdido mucha sangre y estaba sin fuerzas, por lo que pudieron hacerse con él.

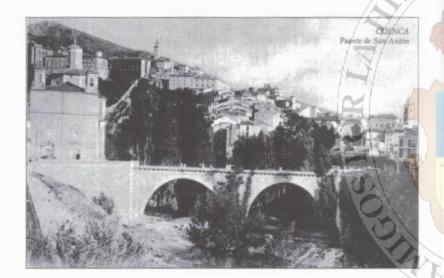
Unos días después ocurrió un suceso lamentable, ya que una madre y su hija, que vivían en uno de los hocinos más próximos a Cuenca debian ir de compras, pues necesitaban algunos artículos de primera necesidad. De su hocino partía un camino que atravesaba casi un kilómetro de la hoz para poder alcanzar la carretera, hasta llegar a él era preciso pasar por lugares de densa vegetación. Cuando llevaban recorrido la mitad de dicho camino, vieron surgir de la maleza a tres feroces y grandes jaballes, los cuales al verlas corrieron a toda velocidad a su encuentro. Ambas mujeres, asustadas y muy nerviosas, no sabían que hacer y comenzaron a dar grandes gritos, a la vez de echar a correr hacia su hocino, esperando que aquellos temibles animales no las persiguiesen. Pero se equivocaron y cuando menos lo esperaban fueron derribadas, embestidas en el suelo y pisoteadas.

Como consecuencia de aquel desagradable y peligroso hecho, estas huertanas, debieron ser hospitalizadas con varias heridas en diversas partes del cuerpo producidas por los fuertes dientes, así como todo su cuerpo presentaba muchas contusiones. Este desgraciado accidente vino a colmar la paciencia de los habitantes de la hoz, decidiendo salir todos los hombres disponibles, todas las tardes, a la caza de aquellos depravados animales, ya que no solamente estaban resultando extremadamente dañinos sino que ya eran también altamente peligrosos.

Lo pusieron en conocimiento de las autoridades correspondientes y solicitaron ayudas a las mismas, a fin de que fuesen ayudados en la captura de semejantes depredadores, pues no solamente danaban sus cultivos sino que también estaban poniendo en peligro sus vidas. Junto a varios guardas que les lueron proporcionados se unieron varios grupos de habitantes de la hoz, acompañados de seis enormes perros. Los hombres llevaban un arma de fuego y enormes cuchillos de monte para asestarles el golpe definitivo.

Iniciaron su rastreo desde el mismo Puente de San Pablo, soltaron a os perros para que hicieser salir a los jabalíes de sus escondrijos, mientras ellos esperaban con las armas cispuestas para hacer fuego. Terminada la primera jornada de acoso comprobaron que su tarea había sido positiva, ya que lograron matar a tres enormes verracos y cuatro jabatos, además de hacer huir hacia delante a una piara numerosisima de todos los tamaños.

Después de varias semanas de intenso ir y venir llegaron a matar unos cincuenta jabalies entre grandes y pequeños; pero como continuaron su labor durante varios meses al salir un par de dias por semana, lograron limpiar definitivamente tan singular y estrecho valle de aquellos temibles animales dejando vivir en paz a todos los habitantes de aquella hermosa y pintoresca hoz.



LA PESTE ANIQUILADORA

Hay momentos en la vida en los cuales los habitantes de algunos pueblos o ciudades viven circunstancias especiales, bien soportando situaciones críticas o alcanzando metas importantes. En esta ocasión se trataba de padecer una terrible epidemia de peste cuyos demoledores efectos hicieron sufrir a los moradores de Cuenca allá por el año 1507. De cruel se calificó esta enfermedad infecciosa ante los espantosos y horribles resultados que originaron entre los habitantes de aquella ciudad amedrentada y confusa.

En sus inicios no se pudieron tomar medidas precautorias ya que se igroraba el tipo de enfermedad y quiénes eran los causantes o agentes transmisores de tal cruel padecimiento. Cuando los sintomas de los enfermos fueron muy similares, como fiebre alta, vómitos, dolor de cabeza, diarreas continuas, escalofríos, etc, se pudo determinar que se trataba de una epidemia de peste. En los primeros momentos se pensó cue los agentes causantes serian los conejos y liebres, muy abundantes en aquella época, de los cuales mucha gente se alimentaba en infinidad de ocasiones; pero se comprobó que éstos no eran responsables.

Parece ser que la abundancia de basura en los propios corrales de las casas, así como en las afueras de la población, incluso carrona proporcionada por las muertes de liebres, perros o gatos, dio origen a la presencia masiva de ratas. Estos pequeños y voraces roedores infectados morian y las pulgas de éstos eran portadores de los gérmenes, las cuales picaban en la piel de las personas originandoles el padecimiento de la enfermedad cuya gravedad se puso de manifiesto ante el creciente número de enfermos.

El tipo de peste que hizo grandes estragos en toda Cuenca fue la "bubónica", era la más frecuente y sus consecuencias más comunes eran la debilidad producida en los enfermos. Además del gran número de muertos que la misma produjo, a los que se les detectaba esta enfermedad infeccioso-epidémica se les inyectaba sueros especiales, a todos aquellos que no les hacía efecto morian a los pocos días con gran afectación en su estado general. Uno de los primeros casos aparecieron en una familia formada por los padres y cuatro hijos, contrajeron la epidemia todos menos la hija pequeña que contaba trece años. Ella era la encargada de cuidarles lavar sus ropas, hacer la compra y prepararles la comida, además de limpiar toda la casa cada mañana así como desinfectarla. Como vivían en la parte más alta de la ciudad la pureza del aire les favorecla, no obstante desinfectaban las habitaciones con cal y tenían que hervir todos los alimentos, los útiles para comer e incluso el agua; teniendo que quemar alguras ropas a fin de evitar que hubiese más complicaciones. Sólo la madre y uno de los hijos se encontraban muy pachúchos, el resto no se hallaban tan mal aunque el médico que los visitaba diariamente no de aba de inyectarles medicamentos.

Todos los días la muerte se venía enseñoreando en casi toda la ciudad, pues esta epidemia no remitía y los fallecidos se iban multiplicando, motivo por el cual el miedo se estaba apocerando de la población. Las autoridades solicitaron ayuda exterior dado que la enfermedad estaba tomando gran dimensión y no respetaba ni edades ni sexo, ya que los muertos, lo mismo eran jóvenes como viejos, hombres, mujeres y niños. De todas formas los de más edad eran más propicios, porque sus defensas eran mucho menores.

Los vecinos del barrio donde vivían esta familia llegaron a furnigar las calles con azufre, también trajeron carros de tomillo, mejorana, romero y cantueso, prendiéndoles fuego con objeto de purificar el aire. Tal fue la intensidad de esta ep demia que paralizó ya más de un mes a casi toda a población, puesto que no había casa en donde se encontraban enfermos la mitad de sus componentes. Algunas familias llegaron a perder cuatro o cinco personas, a excepción de una familia muy humilde que vivían amontonados en una sola habitación de la que disponían y eso que la formaban ocho, ninguno contrajo la enfermedad.

Pero se llegó al mes de octubre, fatídico, cruel, desolador, ya que era tàl-el número de enfermos que se contabilizaban que las autoridades volvieron a pedir con la máxima urgencia más ayuda, pues los fallecimientos iban en aumento día a día sin apreciarse el más leve cambio. Ocurrió que la madre de aquella jovencita murió y a los pocos días uno de sus hermanos sin que nada pudiesen hacer por salvarles.

Un sindrome de muerte y desolación vino a convertir la ciudad en un lugar triste y aletargado en donde sólo se oía el llanto y los lamentos de la gente que sufría por la pérdida de sus seres queridos, además de verse totalmente impotentes ante aquella desgracia que marcaría a todos para el resto de sus días, ya

que aquellas escenas vividas serían imborrables para todos los que las palpaban directamente y jamás las podrían eliminar de sus mentes.

Ante semejante huella persistente de crueldad y desolación, los habitantes de la ciudad pidieron fuese sacada en procesión la imagen de Nuestra Señora de las Angustias, con objeto de que aquella madre de todos los conquenses pusiese su mano haciendo remitir semejante epidemia inhumana y feroz. Ante aquel clamor popular se accedió a la petición, ya que sacar a la Virgen sólo se hacía en momentos excepcionales y aquel era una cuestión que se salla de la regla general, sin lugar a dudas crucial para muchos. Por tal motivo, una gran multitud acudió a este acto, ya que era la única esperanza de acabar con aquella enfermedad que estaba "aniquilando" la vida de muchos niños y personas mayores.

Se inició la procesión desde la ermita, bajaron por el puente de los Descalzos, llamado asi porque en él la gente que subía a visitar a la Virgen se descalzaba. De alli se dirigió a la ermita de San Antón, atravesaron el puente del mismo nombre, tomaron el puente de la Trinidad y subieron hacia la Catedral pasando por la parroquia de San Juan. A lo largo de todo el trayecto se pudieron ver escenas realmente impresionantes, pues la gente gritaba con todas sus fuerzas pidiendo ayuda a la Madre, la única que podría hacer aquel milagro. Muchas personas iban descalzas, otros sollozaban junto a las andas, mientras que otros se arrodillaban delante de la imagen solicitando salvase a sus familiares, amigos y gente en general.

una vez instalada la Virgen de las Angustias en el templo catedralicio permaneció en él curante nueve días, a lo largo de los cuales pasaror bajo su manto gran cantidad de fieles en cuyas miradas se reflejaba la fe y la confianza que albergabian de que la Señora acabaria con aquella creciente o eada de muertes. Y no se equivocaron ya que a partir del décimo día empezó a remitir tan-tremenda epidemia de peste, la cual ya había diezmado la población. Aquella ansinsa noticia alegró a todos al ver que había sido una cruel pesadlla por la que todos habían pasado y ahora era una luz de esperanza.

A partir de ese instante los enfermos mejoraron por momentos y ya no hubo ninguna muerte. Este increíble suceso impresionó a todos, especialmente a los mismos médicos y personal sanitario que los atendían, pues no se explicaban aquella repentina mejoría, precisamente en aquel momento álgido de la epidemia. Estaba bien claro que el milagro se había llevado a cabo, no encontraban ninguna otra explicación tan contundente. Nuestra Señora de las Angus-

tias salvó a los conquenses de una de las más feroces y virulentas epidemias ce peste nunca conocidas por estas tierras.

Y no solamente ocurrio este hecho milagroso sino que además se consiguió cambién otro de increíble virtuosismo, puesto que aunque el recorrido llevado a cabo con la Virgen de las Angustias fue largo, ya que duró unas tres horas, las velas encendidas que portaban los hermanos no sufrieron ni la más leve merma, pues éstas una vez finalizada la procesión, estaban gual que al comienzo de la misma. Todo esto originó un comentario en toda la ciudad y vino a corroborar, ratificar, que lo ocurrido en la desaparición de la peste fue obra de la Madre cerodos los conquenses, quienes nunca dudaron que sólo ella podría salvaries de lan cruel epidemia de peste, de aquella peste aniquiladora.

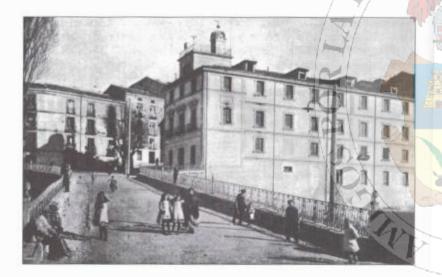
EN LA CALLE DE CORREDURIA

En la antigua calle de Corredurla, hoy Alfonso VIII, solían estar ubicados todos los comercios y tiendas importantes de Cuenca, motivo por el cual el movimiento de personas era bastante numeroso a lo largo de las mañanas. La afluencia de público no sólo correspondía a los afincados en la ciudad, sino que aquellos otros que vivían en las huertas, hocinos y villas cercanas aprovechaban las primeras horas de la mañana para realizar sus compras en las distintas tiendas y comercios que se encontraban en las calles de Correduría y Cordoneros.

No todos os que por alli deambulaban eran compradores, también hacían lo mismo los proveedores, ya que los huertanos casi todos los dias acercaban sus productos a los lugares de venta. Había otras personas que estaban por alli como meros espectadores, pues les agracaba ver la citada calle en aquellas horas tempranas cen el ir y venir de mucha gente.

Por las tardes cambiaba el aspecto en cuanto al personal que por allí transitaba, pues cuando el sol lanzaba sus últimos rayos de la jornada, la mencionada calle se veja poblada de mozas y mozos de toda la sociedad conquense, especialmente de la clase más acomodada, para llevar a cabo su paseo diario, al mismo tiempo que este hecho era aprovechado para lucir sus mejores galas. Venía siendo ya una costumbre el pasear cale arriba y calle abajo, con objeto de hacerse ver, y aunque las mozas iban juntas así como los mozos, cuando se cruzabán se saludaban continuamente con simples gestos o movimientos de cabeza significativos. Este acontecimiento era como "el roce" de otros sitios, el cual se podía definir como un acto de trato frecuente, en el que mozos y mozas se cruzaban en la calle donde se reunían para pasear, y, a veces "quedar los novietes", según decian.

No obstante, los días de mayor afluencia eran normalmente las jornadas de fiesta o vísperas de las mismas. Se aprovechaba para "seguir" y, a veces, acosar a la joven que se requería en amores, a la cual se la miraba continuamente para que supiese admirada, siendo esto como el preámbulo o antesala de un posible noviazgo o, también se utilizaba este evento para hacer saber que sus relaciones ya eran una rea idad.



Como consecuencia de esta costumbre se supo (siendo uno de los muchos casos) que dos mocitos, ambos de familias bien acomodadas, se sentían atraídos por una misma jovencita, la que daba su amistad tanto al uno como al otro, ya que por cada uno de ellos sentía especial simpatía. Pero llegó un dia en el que estos dos jóvenes cecidieron hablar claramente y en lugar de presentar una lucha abierta entre los dos, acordaron ponerlo en conocimiento de la joven y que fuese ella la que decidiese, pues minguno quería perder su amistad.

Dada la unión que estos tenían entre si y el arecto que desde niños se profesaban, ninguno se opuso a dar al otro su oportunidad. Este hecho, en principio, disgusto a la joven, pero poco a poco ésta fue comprendiendo y, como mujer, se sintió halagada, a la vez que indecisa por cual de ellos inclinarse. Por tal circunstancia perisó darle tiempo al tiempo y cuando los estudiase a partir de aquel momento lo haria desde un punto de vista distinto al de la amistad. Pensó que, sin duda alguna, llegaría a sentir por uno de ellos lo que no sentiría por el otro. Así lo esperaba, pues de los contrario podría llegar a ser un terrible martir o.

Esta joven, a la que llamaban Pilar, vivía en una de las casas denominadas "rascacielos", la cual se encontraba situada casi al final de la calle Correduría, dando su parte posterior a la Hoz del Huécar. Los dos mozos que la requerían en amores eran, Juan, que vivía en la Plaza Mayor y, Pedro, que lo hacía en la calle de Cordoneros. Tanto ella como ellos disponían de buena posición, tanto a nivel material como social.

Como estaban en Navidad, era costumbre en aquella época asistir mucha gente a la Misa del Gallo y después reunirse con amigos en una casa donde se pasaban casi toda la noche en un ambiente festivo, tomando algún que otro licor casero y dulces típicos de esas fechas. A la salida del templo donde se había celebrado tan magno acontecimiento religioso, Pilar se encontró con ambos jóvenes y sia pensarlo dos veces se dirigió hacia ellos para invitarles a r a su casa donde se reunirían un buen grupo de jóvenes, todos de familias arrigas y vecinos de aquel barro.

La joven necesitada conocer más de cerca de Pedro y a Juan, ya que nunca les había mirado nada más que bajo el punto de vista de la amistad y necesitaba ver cómo reaccionaban cada cual en diferentes momentos y bajo ambientes distintos. Aquella noche quizá fuese la primera prueba para ambos, al mismo tiempo de empezar a conocerles desde un ángulo distinto al que hasta ahora lo hacía. Estaba convencida que desde ese momento se iban a desvelar muchas de sus incógnitas. No se equivocó Pilar en sus previsiones y, en las pocas horas que estuvo conviviendo con ellos de manera más intensa, pudo empezar a deshojar la margarita. Llegó a la conclusión de encontrarse entre dos "personalidades" totalmente distintas, aunque a simple vista pareciesen iguales. Juan era dicharachero, hablador empedernido, adulador y un poco, "Don Juan", pero falto de dulzura y tacto. Pedro, en cambio, era dulce, amable, menos hablador, inteligente y sabía estar en los momentos clave; ya era algo.

Fueron pasando los meses y aunque la joven hablaba particularmente con cada uno de ellos, donde más solían verse era el paseo de la calle Correduría. A veces paseaban en grupo y otras por parejas gastándose bromas entre todos, cuando no había mucha gente. Normalmente, era costumbre comer pibas degirasol, así como cacahuetes; todo esto lo vendían unas señoras en unas simples cestas y los median con una taza o con la mano. Los domingos y festivos el movimiento en aquella calle se multiplicaba y se poblaba de jóvenes de toda la ciudad.

Así ocurría que, cuando se acercaba el mes de mayo, unos y otros , sufrían una transformación, pues era primavera y siempre ha sido la estación del amor, de las aventuras, de la ilusión. Entonces y a partir del 3º de abril y todo el mes de mayo, especialmente los sábados, grupos de jóvenes se reunían para cantar "el Mayo" a la Virgen y a las mozas. De manera espontánea esas pandillas de mozos se preparaban con instrumentos musicales muy simples, llegando a utilizar uno muy rudimentario que consistía en una caña agujereada y un papel de fumar en un extremo. Los más pudientes utilizaban el instrumento de cuerdas pulsadas llamado "laúd" o una guitarra.

Y es que "el Mayo" es alegre, es joven, como los que lo bailan y lo cantan, éste ha sido calificado siempre como un pasaje interminable de amor. Sus raíces son ancestrales y sería inútil buscar en el pasado, puesto que se ha venido cantando desde tiempo inmemorial. Todos los pueblos lo han cantado como homenaje a la mujer, al amor, a la ilusión; pues al ser un canto de amor, es caricia, es beso, es pleiresía, es recompensa.

En esta época del año la calle de Correduría se convertía muchas noches en el escenario exclusivo de los romances, allí el amor se declaraba públicamente, sin secretos, siendo testigos la noche y las estrellas. De manera especial los sábados eran noches, a veces, de rivalidades amorosas, ya que los mozos formaban grupos musicales con instrumentos muy sofisticados y artesanales. Estos grupos solían reunirse en la Plaza Mayor y de ahí partían a cantar a las mozas de sus barrios o a las jóvenes que requerían en amores. Eran noches de acontecimientos y había gente que los observaba tras sus ventanas, pues no querían perderse ningún detalle.

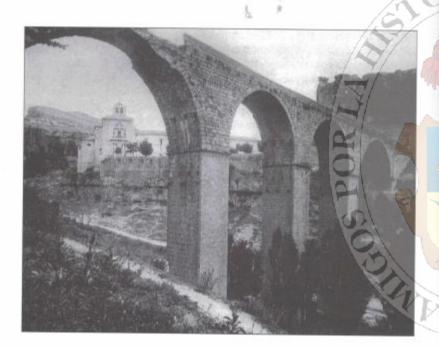
En esta ocasión dos de los grupos iban liderados por Juan y por Pedro y la gente sabía de la rivalidad amorosa entre ambos. La noche del 30 de abril y los dos primeros sábados de mayo fueron relativamente tranquilos, pero el tercer sábado se calentó de antemano y ambos salieron esa noche con ganas de "jarana", intentando hacerse dueños de la calle.

El primer grupo que llegó primero a la ventana de Pilar fue el de Juan, pues deseaba ser el primero cada noche, ya que el de Pedro llegaba casi siempre a altas hocas de la madrugada. Aquella noche, Juan se encontraba molesto porque venía observando que Pilar y Pedro se estaban viendo a solas casi todos os días, detalle que le encrespó. Así que pensó queda se de un lado a otro de la calle de Correduría y esperar la llegada del grupo de su rival.

Mucho antes que otras noches apareció el grupo de Pedro situándose frente a la casa de Pilar y le cantaron un bonito Mayo. Pero cuando Pedro estaba colocando un pequeño ramo de flores en la ventana de la joven, Juan se fue hacia el y le insultó de mala manera, pero los compañeros del grupo sirvieron para colocarse entre los dos y evitar una posible pelea. Sin más comentarios ambos grupos se separaron buscando itinerarios diferentes.

Al día siguienté hubo sus tiras y aflojas, pero todos decian que esc era corriente entre jovenes y no le dieron la mayor importancia, aunque no fue normal el comportamiento de Juan. Él mismo reconoció su error y una de las tardes que Pedro y Pilar paseaban por la calle de Correduría junto a otros jóvenes se acerco a ellos y les pidió perdón públicamente, rogándoles le siguiesen considerando el amigo que fue siempre.

Y así eran y así se hacían las cosas en la calle de Correduría, igual se llevaban a cabo transacciones comerciales, se celebraban paseos domingueros, se rondaba a las mozas, como se establecía una rivalidad amorosa. Cabe ahora la nostalgia en aquellas personas que vivimos en este mundo trastocado, insulso y aparente en donde las muestras de amistad y de amor son, muchas veces, una utopía. Infinidad de calles como la de Correduría harían falta en ruestras ciudades para volver a sentir la alegría general zada sin ningún otro tipo de obstáculos que enturbiase el mensaje maravilloso del amor entre las personas.



LOS CINCO OJOS DEL PUENTE DE SAN PABLO

Cuenta la historia que hubo un canónigo llamado Juan del Pozo, de familia muy rica, el cual empleaba sus caudales en remediar a los necesitados y en restaurar iglesias.

Don Juan tenía a su servicio un criado negro, excautivo de los moros, al que estos habían cortado la lengua. Era muy trabajador e inteligente y venía siendo su hombre de confianza encargándose de algunas tareas de su amo, a la vez de ser el tiel vigilante de todas sus propiedades, que eran muchas.

Ericontrándose ausente don Juan del Pozo, cierta noche, unos ladrones penetran en su casa y le roban las talegas de cinero que tenía guardadas en un arcón. El criado los oye, pero al no poder pedir auxilio y ser cuatro desalmados prefiere seguirlos. Convencidos éstos de que nadie les habían visto, les sigue y ve que escapan de la ciudad por el Portillo de Santa Maria (que atraviesa las Casas Colgadas) y esconden el fruto del robo entre los enormes peñascos de Mirabueno.

Cuando regreso don Juan, el criado le indicó con sus ya conocidos gestos que unos ladrones e habían robado y que el los siguió para verles donde se cobijaban. El canónigo hizo que le acompañase y tuvieron que realizar un gran esfuerzo ante el recorrido del ingrato camino que llevaron los ladrones y, además, con la rabia de no haber encontrado ni rastro de ellos ni de las talegas del dinero.

Cual no sería el cansancio sufrido por don Juan y el disgusto de haber perdido una importante suma de dinero, que entiende que la Providencia le pide haga un puente para unir las dos partes de la Hoz del Júcar, a la vez de construir un monasterio. (Don Juan del Pozo, canónigo de Cuenca, murió en 1539, estando enterrado en San Pablo).

Se empieza la construcción del Convento (dirigida por los Hermanos Alviz) y del Puente de cinco arcadas, en 1523. Los Dominicos ponen por titular del convento a San Pablo y desde allí irradiarár su labor categuizadora hasta su exclaustración en el siglo XIX. Aquel Puente de cinco ojos también recibiría el nombre de San Pablo y fue construido bajo la dirección de Francisco de Luna (450 pies de largo y I50 de alto).

Y se cuenta una historia que narra, tres siglos después, las vivencias de una familia muy humilde, la cual vivía en una cueva situada en la subida al puente por el lado oeste, a la espalda de la fuente. Se trataba de un matrimonio que tenía seis hijos, todos de mediana y corta edad, los cuales vivían de las limosnas que recibían, pues el padre no andaba bien de salud y no podía trabajar.

El sitio elegido por la madre y tres de sus hijos era la puerta de la catedral y Plaza Mayor. Para ello tenían que atravesar todos los días el puente de los cinco ojos, el cual presentaba un estado muy deteriorado. Este unía las dos riberas de la Hoz del Huécar y proporcionaba el paso a las personas que deseaban ir a la igesia de San Pablo. Los tres hijos mayorcetes se dedicaban a buscar madera y leña, aunque hacían algún que otro trabajo.

Corría el año 1891 cuando una tarde regresaban a su cueva tras su recorrido por la zona alta de la ciudad con varios saquillos llenos de trozos de pan y otros alimentos. Como los tres niños iban delante comiéndose unos "coscurros" de pan, la madre les seguía muy atentamente, puesto que el piso estaba en malas condiciones. El segundo ojo tenía un aspecto ruinoso y un buen número de piedras estaban sueltas, de tal manera que de un momento a otro podrían caer al vacío. No habían pasado aún veinticuatro horas, cuando comprobaron que gran cantidad de aquellas piedras de cantería labrada se hallaban junto al río. Un enorme gentío había acudido ante aquella noticia, pues aquella misma noche y a primera hora de este día el desprendimiento resultó ser de cierta importancia. Cómo llegarían a verlo que no dejaron pasar en principio hasta que varios peones del ayuntamiento les ayudaron a pasar a todos, pero ya no dejaron pasar más.

Este puente contaba ya con más de trescientos años, pues aunque su construcción se inició sobre 1523 no se pudo terminar hasta 1589, teniendo una altura aproximada de cuarenta metros y algo más de cien de longitud. La materia de la que estaba hecho era piedra labrada y argamasa, con aspecto típicamente romano. Decían que unas tormentas ocurridas en el mes de mayo de 1786 destruyeron parte del primer machón y sobre todo el espacio comprendido entre el primero y el segundo machón. El agua que estuvo cayendo torrencialmente y un viento huracanado fueron los agentes motivadores de aquellos derrumbamientos.

También y, poco a poco, las intensas nevadas, abundantes lluvias y frecuentes hielos a lo largo de aquellos eternos inviernos fueron corroyendo su robustez. Aseguraban que desde 1886 amenazaba derrumbarse, puesto que los riscos próximos a él se desprendieron una noche dejando en lamentables condiciones la trama del segundo ojo.

La familia en cuestión tuvo que cambiar su ruta, por lo que efectuaban la subida por el camino que ascendia desde el otro lado del puente. También tuvieron la desgracia de perder al padre, ya que una cruda noche del invierno murió bajo la tenue uz de un viejo candil. La madre y los tres hijos mayores seguian encargándose de conseguir comida y ropa para todos, puesto que la leña y el agua era cosa de los más pequeños al tenerla tan cerca y abundante.

A los pocos días de la muerte del padre cayó una gran nevada impidiendo que estos saliesen de la cueva durante todo un día. Como no disponían de comida alguna, los tres hijos mayores hicieron una pequeña salida con ayuda de una pala y bajaron a la población para llevar algo a sus hermanos y a su pobre madre que estaba con fiebre en una rústica cama. Regresaron con un puchero de leche, pan y unos trozos de tocino que les habían dado, ya que era sobradamente conocida la situación en que se encontraba aquella desgraciada familia y, la gente solía darles alimentos, ropas y medicinas para que sobreviviesen.

Otras nevadas vinjeron a complicar la situación de aquella viuda y sus hijos, pero un grupo de hombres, sabedores de su crítica situación, hicieron un
sendero hasta la misma puerta de la cueva, a fin de proporcionarles los alimentos indispensable. Llagó un médico al saber que estaba muy mal el niño más
pequeño que contaba tres anos, pero la mala suerte se había cebado con ellos
y una tarde cuando las sombras empezaban a hacer acto de presencia moría
aquella criatura a consecuencia de una meningitis tuberculosa.

Pero no terminator ahí las desventuras de aquellas pobres gentes, pues una noche empezaron a oir prolongados aullidos de lobos muy cercanos. Esto les puso nerviosos, puesto que no muy lejos de la puerta de entrada divisaron cuatro o cinco de estos mamíferos carniceros, los cuales se acercaban a la ciudad en busca de algún alimento, dado que el campo estaba ya varias semanas cubierto de una gran cantidad de nieve helada. Su fino olfato les condujo a la puerta de la cueva originando el consiguiente revuelo entre los que se encontraban dentro. Como la puerta era unas simples tablas temieron que la ferocidad y el hambre hiciese que aque los temidos animales les atacasen. Rápidamente colocaron enormes piedras atrancando la débil , puerta, tarea ardua la de aquella madre y sus hijos, en cuyos rostros se reflejaban el terror ante tan crítico momento.

Aguantaron con muchas dificultades retener a tan hambrientos animales y casi de madrugada percibieron como aquellos perros salvajes arremetían contra la puerta cuyas endebles tablas iban cediendo a la presión de sus uñas. Enton-

ces recurrieron a encender un fuego con ramas secas y paja que tenían en el interior, pero les preocupaba que las llamas proporcionasen mucho humo y pudiesen morir asfixiados.

Como los feroces lobos comenzaron nuevamente a presionar con sus zarpas sobre la ya destrozada puerta, empezaron a lanzar sobre ellos piedras con
intención de seguir aguantando, pues ya era de día y quizá alguien llegase en
su ayuda. Y así sucedió afortunadamente, pues un grupo de hombres que se
habían percatado del cran peligro que podrían estar sufriendo la familia, decidieron ir en su busca y llevarlos a la ciudad para poder atenderles con garantía
y, sobre todo, de su seguridad personal. Hubo necesidad de hospitalizar os a
todos y darles comida caliente, pues estaban mareados por el humo y por el
hambre.

Unos meses después, exactamente a primeros de marzo de 1895 se llevó a cabo la demolición de aquel monumental puente que tantos días habían recorrido en sus idas y venidas en busca de algo para llevarse a la boca.

Como dieron trabajo para retirar la gran cantidad de piedra que había proporcionado semejante mole y limpieza del río Huécar, los tres hijos mayores llevaban cada dia un sueldo para sustentar a su madre y hermanos. Aquellas toneladas y toneladas de piedra sirvieron, tanto para el arreglo de la carretera que conducla a Palomera, como para algunos edificios oficiales de la ciudad. Aquella obra supuso trabajo para un buen tiempo de aquellos tres jóvenes.

El nuevo puente cue se hizo sustituyendo al de los cinco ojos constaba de tres tramos, con una longitud total de algo más de cien metros. Aunque siempre se dijo que una fuerte tormenta de aire pudo dar al traste con su nueva construcción.

Aquella humide y castigada familia jamás olvidó la figura altiva del primitivo puente con sus cinco ojos, que según ellos, eran los que necesitaban para contemplar semejante belleza en aquel lugar de ensueño y embrujo. Ellos tenían otros muchos motivos más para acordarse, pero preferian mejor olvicarlos, ya que sus vidas fueron un continuo valle de lágrimas. Pero aún y así se conformaban con tener trabajo para comer, sólo eso, para comer.